EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

DEUDAS DE LA HONRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

CUARTA EDICION.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.°

1884.

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á cual mas loco	1	D. Luis de Lara y Ossorio	Todo.
Anuncio de venta	1	Sres. J. Cuesta y Gay	»
Cambiar de génio	1	D. Luis Suarez	»
Cambio de habitacion	1	G. Perrin	»
Cortarse la coleta	1	E. Segovia	»
Contrastes matrimoniales	1	Federico Olona	»
Deuda de sangre	1	J. Velazquez y Sanchez	»
En el portal de mi casa	1	Juan Maestre	»
El cap d'Holofernes	1	Antonio Roig	»
En la plaza de Bons ó un hora de cuarentena	1	Antonio Roig	»
Els bans de les barraquetes	1	Antonio Roig	»
El beneficio de las víctimas	1	N. N.	»
Escuela antigua	1	Alfredo Lasala	»
La carrera de la Dona	1	Juan B. Busquete	»
La catástrofe de Casamicciola	1	Jaime Piquet	»
La desconocida de san Jorge	1	Vicente Cobos	»
Las dos iniciales	1	N. N.	»
Matrimonios modelo	1	R. Caruncho	»
Mi sócio y yo	1	N. N.	»
Oros son triunfos	1	N. N.	»
Recuerdos de gloria	1	R. Caruncho	»
Tres abelles de colmena	1	Antonio Roig	»
Una tiple averiada	1	Federico Olona	»
Un barber de Carreró	1	Antonio Roig	»
Un chuche munisipal	1	Antonio Roig	»
Un recalcitrante	1	Juan Marina	»
Venga de ahí	1	Juan Maestre	»
El asistente Quiñones	2	E. Zumel	»
Eleccion de ayuntamiento	2	Juan Utrilla	»
De carne y hueso	3	Vicente Colorado	»
El otro	3	Miguel Echegaray	»
La Charra	3	Ceferino Palencia	»
¿Perez ó Lopez?	3	Miguel Echegaray	»

ZARZUELAS.

¡Á la Pradera! ¡Á la Pradera!	1	Sres. Maestre y Arnedo	L. y M.
Arte de Birlibirloque	1	Caballero y Reig	L. y M.
Cantar victoria	1	Maestre	L.
Curriya	1	M. Fernandez Caballero	M.
Dos siglos en una hora, *revista*	1	Maestre y Arnedo	L. y M.
Dos tunantes	1	N. N.	L.
El número fatal	1	N. y Mangiagalli	L. y M.



DEUDAS DE LA HONRA.

DEUDAS DE LA HONRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Representado por primera vez en el Teatro de Lope de Vega el dia 17 de Enero de 1863.

CUARTA EDICION.

MADRID.—1884.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.° 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANA	Doña Teodora Lamadrid.
PETRA	Doña Amalia Losada.
DON ANDRÉS	Don Joaquin Arjona.
JUAN	Don Manuel Ossorio.
FELIPE	Don José Ortiz.

La escena es contemporánea. El primer acto pasa en Pozuelo de Aravaca, primera estacion del ferrocarril del Norte: el segundo y tercero en Madrid y en casa de D. Andrés.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON MANUEL OSSORIO.

Escogiste mi primera obra dramática de alguna importancia para tu reaparicion en la escena madrileña, y puede decirse, por lo tanto, que nos hemos estrenado el mismo dia, y que juntos hemos sufrido las emociones del juicio público, afortunadamente favorable para ambos en esta ocasion.

Á tí, pues, te dedico este drama, como recuerdo de las inquietudes que hemos pasado unidos.

Ántes de concluir permíteme que rinda un merecido tributo de agradecimiento á los actores que le habeis representado. Á todos vosotros debo la mayor parte de mi triunfo, y sería injusto si así no lo consignase, debiendo hacer especial mencion del eminente actor D. Joaquin Arjona, cuya acertada direccion y maestría han dado á mi pobre obra más valor del que realmente tiene.

Tu buen amigo,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de pueblo amueblada modestamente, pero con gusto. Dos puertas laterales y una en el fondo. Á la derecha un velador con tapete.

ESCENA PRIMERA.

ANA, junto al velador, llorando. PETRA consolándola.

PETRA. Está bien... ¡siempre llorando!
siempre silenciosa y triste!
no llegará usted á vieja
si de esa manera sigue.
¡Ay, señorita! Es preciso
que esas penas se disipen.
¡Vamos! Tenga usted más alma,
más valor...

ANA. Ya no es posible.
Pasaron aquellos dias,
cuánto rápidos, felices,
de doradas ilusiones
y de sueños juveniles:
sufrir y llorar me toca
nada más... Dios no permite
que en el corazon culpable
la felicidad anide.
Es mi propio pensamiento
quien me atormenta y persigue;

es mi falta... ¡Ay, Petra mia!
nunca tu deber olvides,
¡nunca!... lo que pasa el alma
es espantoso, es horrible.

PETRA. ¡Calle usted! Cuando procuro
que se divierta y anime,
me dice usted unas cosas...
que... ¡Vaya!... si es tan difícil
no llorar...

ANA. ¡Ya ves! No viene...
me abandona sin oirme.
Y hace bien: lo he merecido.
¡Es justo que me resigne!

PETRA. ¡Eso no! Pues no faltaba
más!... No tiene don Felipe
tan mal corazon, ni es hombre
de pensamientos tan ruines.

ANA. ¡Un mes sin venir!...

PETRA. ¿Quién sabe,
señora, si se lo impiden
sus negocios?...

ANA. ¿Y tampoco
puede el ingrato escribirme?
¡No vendrá!...

PETRA. ¡Fuera un malvado!

ANA. ¡No vendrá!... Si me lo dice
el alma.—Si me desprecia;
si no puede ser que inspire
otro sentimiento en él
y en cuantos sepan mi crímen.
si soy una miserable!...

PETRA. ¡Tan hondo pesar aflige!

ANA. Manchar las canas de un padre,
todo amor, amor sublime
para su hija, que en ella
confia y en ella vive.
Y en vez de ser el apoyo
de su vejez apacible,
ser el puñal que le hiera,
la vergüenza que le abisme...
Esto es infame... ¡Es infame!

PETRA. No digo...

ANA. Nada repliques.
Y no es el amor disculpa
para tan graves deslices.
Si la pasion se apodera
de un corazon noble y firme,
si la suerte le es contraria,
si culto á su fama rinde,
en silencio se consume
y muere... ¡pero resiste!

PETRA. ¡Usted se juzga con mucha
severidad...

ANA. ¿No concibes
mi dolor y mi sonrojo?
Cuando ese anciano me oprime
en sus cariñosos brazos;
cada vez que se dirige
á mí, temo que conozca
su desgracia...

PETRA. ¡Dios nos libre!
Si supiera...

ANA. Ya es preciso
que lo sepa... y me castigue.

PETRA. ¡Señorita! (Asustada.)

ANA. Si el ingrato, (Con resolucion.)
de mis desdichas orígen,
despues de mi última carta
no se presenta ni escribe,
y faltando á sus promesas
de sus deberes prescinde,
yo cumpliré con el mio
siquiera una vez... Lo exige
mi honor...

PETRA. Sí, y el pobre viejo
se moriría...

ANA. ¡Él morirse!
¡Es verdad! Mira si hay causa
para que yo me horrorice.
Bien; me encerraré en un claustro;
vestiré el sayal humilde;
yo que cometí la falta
sufriré sola... ¡Imposible!
¡Y ese ángel abandonado!...

PETRA. Ya ve usted que don Felipe
le quiere con toda el alma,
y que ese amor no se finge!

ANA. ¡Oh! ¿Quién sabe? Si se niega...
(Con amargura.)
¡será su suerte terrible!

PETRA. Verdad es que el inocente...
¡y tan hermoso!...

ANA. (Con ansiedad.) ¿Le viste
esta mañana?

PETRA. ¡Pues claro!
Aunque diluvie y granice
no dejo de verle... ¡vaya!
Y el pequeñuelo se rie
que es un contento!...

ANA. Más tarde
le veré...
(Observando un ligero movimiento de disgusto en Petra.)
Si lo permites.

PETRA. Yo... ¡la verdad! Me incomoda
que vaya usted...

ANA. No me prives
de este placer; por él sólo
este año á Pozuelo vine.
Por el gozo de mirarle,
por el encanto de oirle.
tú sabes cuántos esfuerzos,
cuántos sacrificios hice.
Sólo cediendo á mis ruegos
pudo papá decidirse
á pasar aquí el verano!...

PETRA. ¡Quiera Dios que no averigüe!...

ANA. ¿Tanto temes?

PETRA. Sí, señora.
El amo no es ningun lince.
Cierto. Pero usted tampoco,
como es justo, se reprime.
Aquí tiene usted amigos;
don Juan, que há un año reside
en el pueblo... En fin, no sé,
mas como el adagio dice,

quiera Dios que de la manta
el diablo... ó usted no tiren!

ANA. ¿Yo?

PETRA. Sí, señora: es prudente
que sus afectos domine,
que tenga usted disimulo!...

ANA. Bien; yo haré cuanto me indiques;
pero le veré, ¿no es cierto?

PETRA. (Mirando hácia la puerta del fondo.)
¡Chist!... Don Juan... Que no malicie...

ESCENA II.

DICHAS, D. JUAN.

JUAN. Ana, perdóneme usted
si vengo á verla temprano.
Mil veces seré molesto!...

ANA. Señor don Juan, al contrario.
Papá le quiere á usted mucho,
y fuera usted un ingrato
si no honrase nuestra casa.

JUAN. Yo soy, señora, el honrado.
¡Ofrece un pueblo tan pocas
distracciones!...

ANA. Pues yo paso
muy bien la vida...

JUAN. Es que usted
todo lo alegra...

ANA. No tanto.

JUAN. Si llevára usted aquí,
como yo, cerca de un año,
¡un año! sin más amigos
que el cura y el boticario,
muy buenos sujetos, pero
siempre los mismos, acaso
hablase usted de otro modo.

ANA. Pues yo gozo con el trato
de estas gentes...

JUAN. Eso puede
durar tres meses ó cuatro.
Despues es insoportable...

Yo soy voto...
ANA. ¡Vamos, vamos!
¡Ya veo que son ustedes
más que nosotras, esclavos
de la vida cortesana.
¡Si viera usted qué trabajo
me costó hacer que viniera
papá!... ¡rarezas! Distando
este pueblo de la córte,
como sabe usted, dos pasos,
y habiendo ferrocarril.
JUAN. Eso es verdad; pero aplaudo
su oposicion...
ANA. (Con ironía.) ¡Muchas gracias!
JUAN. Aunque me hubiera privado
del gusto de ver á ustedes.
ANA. ¡Ya es tarde!—Pero es extraño
que siendo tan poco amigo
de este apacible descanso,
pase usted meses y meses
en un pueblo vejetando.
JUAN. Eso se explica sin grande
dificultad...
ANA. Pues no alcanzo...
JUAN. Yo soy algo perezoso,
soy modesto y digo que *algo*
nada más.—Y entre el bullicio,
las tertulias, los teatros
de la córte, las visitas
de fulano y de mengano,
las citas con el amigo,
el paseo, los encargos...
En fin, entre aquel mareo
incesante y siempre vario,
se me va el tiempo lo mismo
que se va el agua de un vaso
roto.—Yo soy pobre y vengo
á desquitar trabajando,
todo el tiempo que en mis ócios
y en mis placeres malgasto.
Á usted le diré un secreto
que con mucho empeño guardo...

ANA. ¡Gracias!
JUAN. Ni papá lo sabe...
aunque ya me ha preguntado
varias veces...
ANA. Pues entónces...
JUAN. Con usted quiero ser franco.
Escribo un drama...
ANA. Y por cierto
que será tan cortesano
como usted...
JUAN. ¡Siempre ingeniosa!
ANA. ¿Y se titula?...
JUAN. *Un mal paso.*
ANA. (Alarmada, á Petra.)
(¡Dios mio! habrá conocido...
PETRA. No tema usted...) (Á Ana.)
JUAN. Hoy acabo
el acto segundo...
ANA. (Respirando.) (¡Ay, Petra!
qué cobarde es el pecado!)
JUAN. En cuanto escriba el tercero,
hago mi maleta y parto
á la córte...
ANA. No lo dudo.
Habrá quien esté esperando
con impaciencia...
JUAN. ¡Y con mucha!
¡Mi pobre madre, á quien amo
como al ángel de mi guarda!
ANA. ¿Nadie más?
JUAN. Nadie.
ANA. Si es raro...
JUAN. ¿Y quién mejor? Es tan buena...
El amor que la consagro
es el conjunto de todos
mis sentimientos más caros...
No he conocido á mi padre,
no tengo parientes... ¿Hago
mal en querer como quiero
á quien fué sólo mi amparo?
ANA. ¡Ah! ¡Dichoso usted que puede
estrecharla entre sus brazos! (Conmovida.)

JUAN. Há tiempo está delicada,
y me temo algun fracaso
el mejor dia... Padece
del corazon...

ANA. (Con afliccion.) Pues cuidado...

JUAN. ¿Llora usted?...

ANA. Sí, por la mia...
¡Una madre vale tanto!...
¡Qué de pesares evita,
qué de lágrimas y engaños!

ESCENA III.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRES. ¿Tanto bueno en casa?

JUAN. (Saliendo á su encuentro.) ¡Amigo
don Andrés!...

ANDRES. (Con afecto) ¡Venga esa mano!
(Tiembla... y ella está llorosa... (Con recelo.)
¿Se querrán esos muchachos?
Tanto empeño en venir...) ¡Vaya!
¿y qué estaba usted contando
á mi Anita?... (Es sospechoso
silencio tan obstinado.)

JUAN. Hablábamos del cariño
maternal...

ANDRES. ¡Eso es muy santo,
muy bueno!... (Será prudente
que los observe despacio.)
¡Ah! tengo que dar á ustedes
una noticia.

ANA. Sepamos. (Levantándose.)
¿Qué sucede?

ANDRES. Esta mañana
en la plaza he tropezado
con un conocido antiguo.
¿Á ver si aciertas...

ANA. No caigo...

ANDRES. Con Felipe.

ANA. (Con gozo mal reprimido.)
(Y le culpaba!)

PETRA. ¿Lo ve usted? (Á Ana.)
ANA. (Á Petra.) ¡Estoy temblando!
ANDRES. Aunque va de caza al monte,
ántes vendrá á visitarnos.
Háme dado su palabra.
No tardará?...
JUAN. Pues me aguardo.
Ántes venía con mucha
frecuencia...
ANDRES. Se habrá cansado
de cazar!...
JUAN. Quizá en la córte
(Con ironía, en voz baja.)
tenga caza más á mano!...
ANDRES. Murmurador!
ANA. (Á Petra.) ¡Yo no puedo
más!...
ANDRES. Es un chico muy guapo;
le conocí niño en Búrgos,
donde fuimos magistrados
su padre y yo!... Ah! qué memoria
la mia. Me ha preguntado
por usted con mucho ahinco.
Le quiere á usted bien!...
JUAN. Yo pago
tanta amistad...
ANDRES. Con efecto
más que de amigo, de hermano,
quiso conocer la vida
que trae usted en el campo;
si nos acompaña mucho,
si se distrae!...
ANA. (Á Petra, alterada.) Petra, vamos.
no sorprendan mi alegría.
ANDRES. ¿Adónde vas?
ANA. Pronto salgo.

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué tal, señor don Andrés?
No es agradable la vida
del pueblo?

ANDRES. Sí, es divertida;
pero no tiene interés
para mí... ¡Yo me fastidio!
¡Quién demonios lo desea?
Será la paz de la aldea
muy buena, mas no la envidio.

JUAN. ¿La paz de aquí? ¡Vaya al diablo!
Se la doy á usted de balde.
Sobre si ha de ser alcalde
Juan ó Pedro, ó Luis ó Pablo;
sobre si el hijo de Anton
hace guiños á Colasa,
el año entero se pasa
en plena revolucion.
Todos temen, todos dudan;
no hay nadie que los entienda:
un dia van de merienda
y al otro no se saludan.
No hay hermano para hermano,
no hay amigo para amigo!
por un puñado de trigo
dan que hacer al escribano.
Hay sentimientos más buenos
en la córte; allí quizás
los hombres se quieren más
porque se conocen menos.

ANDRES. Pero usted se encuentra bien...

JUAN. ¿Qué quiere usted? Ya soy ducho
no intrigo, miro y escucho,
y á todo contesto *amen*.
Nada hay aquí que me importe!...

ANDRES. Á la verdad, es extraño
que se pase usted un año
alejado de la córte.

¿Hay por medio algun amor
misterioso y escondido?
¡Claro! todos hemos sido
calaveras...

JUAN. Sí, señor. (Con ingénua ironía.)

ANDRES. ¡Hola! ¿Con que dí en el quid?
Lo sospeché... (Tal vez Ana!...)

JUAN. La verdad; amo.

ANDRES. (Mañana
vuelvo con ella á Madrid.
¿No será un vano capricho?)

JUAN. Es una pasion sincera
y casta...

ANDRES. De esa manera...
(Como libre de un peso.)
(¡Pero si nada me ha dicho!)

JUAN. Un amor digno de mí,
libre de impureza y dolo...

ANDRES. Hay seres á quienes sólo (Con dignidad.)
se puede querer así. (Repriméndose.)
Ya el lance peca en historia.
No es raro que me interese.
¡Vamos! ¿y qué amor es ese?...

JUAN. Es... el amor á la gloria.
Do quiera la busco... (Con franca alegría.)

ANDRES. (Recelosamente.) ¡Ya!

JUAN. Pero engaña mi deseo.
Cuando más cerca la veo,
de mí más lejos está.

ANDRES. Se queja usted de la dama
sin razon... (Dominándose.)

JUAN. Soy justo...

ANDRES. Llena
está la española escena
de su nombre y de su fama.
Tiene usted reputacion,
la gloria le corresponde...
¿Y sólo ese amor esconde
dentro de su corazon?
Me parece extraordinario...

JUAN. Si otro amor vivir me hiciera
en un pueblo, ese amor fuera

un amor... *penitenciario.*

ANDRES. (Mucho llevo en que pensar...)
Tal vez peco de indiscreto.
Guárdese usted su secreto
y pelillos á la mar.

JUAN. ¿Secretos? No los tendría
para usted.

ANDRES. (Variando de conversacion.)
¿Y qué se miente
por la villa?

JUAN. Francamente,
no lo sé.

ANDRES. ¿Quién lo diría? (En tono de duda.)

JUAN. No tengo ningun afan
por saberlo, y si consigo
que no se metan conmigo...

ESCENA V.

DICHOS, FELIPE con traje de caza.

FELIPE. Señores... (Entrando.)

JUAN. ¡Felipe! (Corriendo hácia él.)

FELIPE. ¡Juan! (Abrazándole.)

JUAN. Me alegro de verte...

FELIPE. (Con duda.) ¿Sí?

JUAN. ¡Cómo te vendes tan caro!...

FELIPE. (Cuantas veces vengo... Es raro
que siempre le encuentro aquí!)

JUAN. Hace lo ménos un mes
que no te veo...

FELIPE. ¿Qué quieres?
Cuando uno tiene deberes
que cumplir...

JUAN. (Embromándole.) ¡Sí, verdad es!

FELIPE. Falta el tiempo...

JUAN. (En el mismo tono.) Lo imagino.
Sé que estarás ocupado
en ir por la tarde al Prado
y por la noche al Casino.
Si no te da alguna cita

Antonia, Ricarda ó Pepa...

FELIPE. (¿Tendrá empeño que se sepa (Con prevencion.) mi mala cabeza?...) ¡Quita!

ANDRES. No le juzgo tan escaso de juicio!...

FELIPE. Son bromas. ¿Y Ana?

ANDRES. Adentro está con su hermana de leche!...

FELIPE. ¿Con Petra acaso? Y quizás en sus labores!...

ANDRES. Saldrá pronto.

FELIPE. Esperaremos.

JUAN. Pero luégo almorzaremos juntos, ¿eh?

FELIPE. Con mil amores! Si bien la caza!... (Dudando.)

JUAN. Eso dices? Ten calma: despues irás. Que vivan media hora más por mi cuenta las perdices.

FELIPE. Bien. (Veré si me equivoco; porque al cabo Ana es hermosa, él atrevido... La cosa vá disgustándome un poco.)

ANDRES. Si ustedes quieren honrar mi mesa!....

FELIPE. Fuera un ultraje á la niña. En este traje!...

ANDRES. No importa.

FELIPE. ¿No ha de importar?

ANDRES. ¡Paciencia! será otra vez... Don Juan se me ha anticipado...

JUAN. (Interrumpiéndole.) Perdone usted: le he pescado y me pertenece el pez. No le suelto!...

ANDRES. Ni yo insisto.

JUAN. Quedarte un momento puedes. (Á Felipe.) Pues mientras charlan ustedes voy á ver si tienen listo el almuerzo... Aquí no pasa

como en Madrid.

FELIPE. No repares...

JUAN. Será almuerzo de escolares.

FELIPE. ¿Qué más dá?

JUAN. Te espero en casa.
Ya sabes: á la salida
de... Mas no será preciso.
Si usted me da su permiso... (Á D. Andrés.)
Volveré por tí en seguida.

ESCENA VI.

D. ANDRÉS, FELIPE.

FELIPE. (¡Vaya! pretende quitarme
la... ¡Pero yo no soy bobo!)

ANDRES. Estará usted muchos dias
por aquí?

FELIPE. Fuera dichoso
si pudiera; mas me llaman
á la córte mis negocios!...

ANDRES. ¡Ya! los que don Juan ha dicho.
El amor, las fiestas...

FELIPE. (Con fingida sorpresa.) ¡Cómo!
Y usted tambien... (Pues es buena
la fama que por él gozo.)

ANDRES. Es muy natural: los años...

FELIPE. (¡Oh! sí piensa de ese modo
hacerse estimar, conviene
echar su prestigio á fondo.)
¡Hola! ¿Conque usted da oidos
á mi amigo? No me asombro.
Constantemente en la tierra
pagamos unos por otros.
No me maravilla. Siempre
pasa lo mismo.

ANDRES. Supongo
que don Juan...

FELIPE. ¡Vaya una alhaja!
Ya lo sabrá usted!...

ANDRES. Lo ignoro.

FELIPE. ¡No es posible! Si en la córte
él dá la norma y el tono
á todos los calaveras.
ANDRES. Yo siempre le he visto!... (Con incredulidad.)
FELIPE. ¡Á todos!
Pregunte usted en Madrid
lo que es ese hijo de Apolo,
único padre que tiene,
segun los rumores sordos
que corren sobre su orígen
y de que yo no respondo.
ANDRES. Harta desdicha es la suya
si son ciertos.
FELIPE. Yo los oigo...
Pero, en fin, esta no es cosa
que nos incumba á nosotros.
La verdad es que con ese
aire formal, y ese rostro
tan apacible y tan grave,
es de la piel del demonio.
ANDRES. (Bien hago en temer...) (Receloso.)
FELIPE. ¡Si tiene
alma de don Juan Tenorio!
Más mujeres en el mundo
lloran su triste abandono,
seducidas y olvidadas
por él... ¡Vamos, si es un mónstruo!
ANDRES. ¡Buenas serán ellas!... (Con desden.)
FELIPE. ¡Pobres
víctimas de un mentiroso!
ANDRES. Así se disculpan todas
las que olvidan su decoro.
—Amor, pasion, desvarío,
irresistibles coloquios...—
frases son que el vicio emplea
para engañar á los tontos.
Si esas palabras tuviesen
un valor absolutorio,
¿qué seguridad habría
en la fé del matrimonio?
¡Oh, no! La mujer que cede,
quiere ceder: esto es obvio:

y cediendo, se hace digna
más que de lástima de odio.

FELIPE. ¡Magnífico! (Si supiera...)
¡Já! ¡já!... Pues usted es voto...
(Tocándole en el hombro.)

ANDRES. ¿Quién con felices amores
no ha entretenido sus ocios
estudiantiles?

FELIPE. Ya veo
que usted tambien, cuando mozo,
debió de ser...

ANDRES. (Preocupado.) No fuí un santo.
Y me ví en tales embrollos
por mujeres de esa especie...
¡Son recuerdos dolorosos!

FELIPE. ¡Bueno! ¿algun desliz? observo,
don Andrés, que todos somos
lo mismo... Predicadores
y pecadores de á fólio.
¡Sí, por eso hay tantos seres
sin familia y sin apoyo.

ANDRES. (Con terror.) ¡Oh, calle usted! Si ellas fueran
siempre honradas!

FELIPE. No me opongo.
Pero á veces la conciencia
es rigorosa con otros,
para no sentir el peso
del remordimiento propio.
(Yo tambien predico...) (En tono de broma.)

ANDRES. (Reponiéndose de su emocion y despues de una breve pausa.)
Es raro
que pinte usted de ese modo
á don Juan, siendo su amigo...

FELIPE. Pues no invento nada; copio.
Además, él tiene buenas
cualidades. Es muy probo;
en sus amistades firme,
en sus hechos generoso.
¿Qué se ha de hacer? Ligerezas
de la edad, que el tiempo sólo
sentará... (¡Vaya un retrato!

Ni yo mismo le conozco.
Pero él ántes...)

ANDRES. ¿Quién diría?

FELIPE. (Ya duda.)

ANDRES. (Preocupado.) ¿Conque es tan loco?...

ESCENA VII.

DICHOS, ANA.

ANA. Papá, en el zaguan espera...
(¡Él aquí...) (Reparando en Felipe.)

ANDRES. ¿Quién?

ANA. El villano
que hallaste ayer en la era.
Caballero... (Con cortedad.)

FELIPE. (¡Está hechicera!)
Ana...

ANA. Beso á usted la mano.
(Fingiendo frialdad.)
(El corazon se me salta
del pecho...)

ANDRES. Justo es que acuda
en su auxilio...

ANA. Si hace falta,
no le negarás tu ayuda...

ANDRES. ¡Oh contando con tan alta (Sonriendo.)
intercesion, ¿qué he de hacer?

ANA. Eres generoso y bueno.
(Fijándose con intencion en Felipe.)
¡Si otros lo supieran ser!

ANDRES. Templar el dolor ajeno
es cumplir con un deber.
El alcalde ha detenido
á su hijo...

ANA. ¿Y por qué?

ANDRES. Suponte
cuál su delito habrá sido.
¡Nada! que fué sorprendido
cogiendo leña en el monte.
Veremos lo que resulta

de todo, y pues me consulta
no será, por cierto, en balde;
yo le pagaré la multa
y convenceré al alcalde.

ANA. Tu buen corazon bendigo.
Hay quien con una palabra
podría calmar, amigo,
el pesar que él mismo labra,
y... calla...

FELIPE. (Esto va conmigo!)

ANDRES. Puesto que tan poco quiere,
haré por él cuanto fuere
posible...

ANA. ¡Gracias, papá!

ANDRES. (Despidiéndose de Felipe.)
Adios. No es justo que espere.
Es un pobre...

ESCENA VIII.

FELIPE, ANA.

ANA. ¡Ingrato!

FELIPE. ¡Bah!
¿Esto es cuanto se te ofrece?
¿Es justo tratarme así?

ANA. ¿Y qué otra cosa merece
tanto olvido? ¡Te parece!...
¿Un mes sin saber de tí?
¡Ay! ¡de otro modo solías
en más venturosos dias
desmostrarme tu cariño!...

FELIPE. Es que entónces no reñías... (Con despego.)

ANA. Es verdad; ¡y ahora te riño! (Con amargura.)
¡Cruel, qué mudado estás!...
Pero yo la culpa tengo.
No me quejo...

FELIPE. Por demas.
Me llamas á verte y vengo.
¿Puedes exigirme más?

ANA. ¿Esto es gracia? ¿Habré llegado
á tan lastimoso estado

que merezca compasion?
¡Mentira! Nunca has amado.
Si te falta corazon!

FELIPE. Ya ves que no te contesto.
Soy prudente y callo...

ANA. (Afligida.) ¡Sí!
Con mis quejas te molesto...

FELIPE. Cuando son injustas...

ANA. (Fuera de sí.) ¡Esto
no puede seguir así!

FELIPE. ¡Qué! Me amenazas!

ANA. (Dominándose.) Impío!
¡Yo amenazar cuando imploro
con amante desvarío!
No sabes, Felipe mio,
cuánto sufro, cuánto lloro.
Si supieras la agonía
á que el corazon se entrega,
mayor tu angustia sería.
Llorando, la noche llega,
llorando me encuentra el dia!
Y en la triste soledad
que con afan solicito,
vivo en contínua ansiedad,
que la ocupa mi delito
y me acusa sin piedad.
Huyo del que el ser me dió,
quiero abrazarle contenta,
y no me resuelvo, no,
pues se interpone mi afrenta
entre el pobre viejo y yo.
Hasta mi hijo desdichado
me inspira miedo y cuidado.
¡Ay! quizás cuando comience
á ser hombre, se avergüence
de la vida que le he dado.
Este temor me intimida.
Debe ser cosa cruel
ver que un hijo nos olvida!...
Esta no es vida, no es vida!
Ten piedad... ¡Ténla por él!

FELIPE. Cálmate... (No se si debo (Conmovido.)

resistir...) Enjuga el llanto.
Mi palabra te renuevo
de... (¡La infeliz me ama tanto!...
En fin, veré... No me atrevo.)

ANA. ¡No más! Tu intencion sospecho. (Indignada.)
Debes estar satisfecho
de tu hazaña contra mí.
¡Oh! me estás dando derecho
para despreciarte.—¡Sí!
(Observando un movimiento de cólera en Felipe.)

FELIPE. En extremo estás cansada.
Ya te he dicho...

ANA. (Con desesperacion.) ¡Ay, madre amada,
cuya memoria vendigo,
¿por qué á la eterna morada
no me llevaste contigo?
Faltóme tu santo escudo
y la perfidia me hirió
con golpe certero y rudo.

FELIPE. (Á veces vacilo, y dudo
si soy un malvado ó no.)

ANA. ¡Oh! pero no puede ser!
Hoy necesito saber
si me sacas de este abismo.
Si eres honrado...

FELIPE. (Con indecision.) Mujer...
en otra ocasion...

ANA. (Resueltamente.) ¡Hoy mismo!

FELIPE. El tiempo pronto se pasa.
Juro calmar el afan
que el corazon te traspasa...
Mas espera... (Otra vez Juan!...
¡Si entra aquí como en su casa!)
Que no observe...

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN trémulo y agitado.

JUAN. ¡Amigos! mios!

FELIPE. ¿Qué sucede? Estás inquieto...

JUAN. Mira, mira. (Enseñando un telégrama.)
FELIPE. Es un despacho
telegráfico!... ¡Ah! ya veo... (Despues de leer.)
ANA. ¿Qué tiene? (Con inquietud.)
FELIPE. Su anciana madre
se muere.
JUAN. Parto al momento.
El tren va á salir... ¿Quién sabe
si cuando llegue habrá muerto?
ANA. Tenga usted valor!... Acaso...
JUAN. ¡Ay, Ana! ¡Ay, Ana! ¡no puedo!
(Con desesperacion.)
Es mi madre, y en la tierra
otra esperanza no tengo.
ANA. (¡Infeliz!)
FELIPE. Si necesitas
algo...
JUAN. Mi casa te dejo:
dispon de ella como quieras;
yo marcho á Madrid corriendo.
¡Ya ves! ¡Mi madre agoniza!...
FELIPE. Vete, Juan, que eso es primero.
JUAN. Adios, Ana.
ANA. Siento mucho...
JUAN. ¡Ruegue usted que llegue á tiempo!
FELIPE. Voy á despedirte... (Así
me libro de lloriqueos.)
ANA. ¿Vendrás pronto? (Á Felipe.)
FELIPE. Podrá ser.
ANA. Decídete.
FELIPE. (Con despego.) Ya veremos.

ESCENA X.

ANA.

¡Oh! ¡Me abandona el traidor,
me abandona sin remedio!
¡Si me muriera!... ¡Dios mio,
es un perjuro... y le quiero!
¡Qué feliz será esa anciana,
qué feziz será, muriendo

querida y honrada... y libre
de atroces remordimientos!
¡Horror me inspiro á mí misma,
de mí misma me avergüenzo!...
¡Mi padre sin honra, mi hijo
sin nombre!.,. ¡Dios justiciero!
(Cae desfallecida de brazos sobre el velador.)

ESCENA XI.

ANA, D. ANDRÉS.

D. Andrés observando desde el umbral de la puerta el intenso dolor de su hija, y acercándose despues sin ser sentido hasta tocar á Ana en el hombro.

ANDRES. (¡Siempre triste! ¿Qué hay aquí?
¡No lo sé: pero me inquieta
pena tan honda y secreta!)
Ana...

ANA. ¡Ay, Dios!
(Enjugándose precipitadamente las lágrimas.)

ANDRES. (Con dulzura.) ¿Qué tienes, dí?

ANA. ¿Yo?... Nada.

ANDRES. Serán antojos
tal vez; pero juraría
que brillaban todavía
las lágrimas en tus ojos.

ANA. ¡Es mucha tenacidad
la tuya!...

ANDRES. (Apesadumbrado.) ¡Ay, hija! Sospecho
que me asiste algun derecho
para saber la verdad.
¿Á qué ocultar el quebranto
que te perturba y sofoca,
si lo que afirma tu boca
viene á desmentir tu llanto?
Hace tiempo... —es menester
que te diga lo que siento:—
eres presa de un tormento
que no acierto á comprender.

Con triste solicitud,
aunque en mi orgullo ofendido,
mil veces he sorprendido
tu silenciosa inquietud.
¿Por qué callará—decía—
siendo tan honrada y buena?
Quizás encubre su pena
por no despertar la mia.
Y en esta vacilacion
he pasado muchos meses,
siempre esperando que abrieses
las puertas del corazon.
Pero hoy ni debo ni puedo
callar, pues viéndote muda,
nace en mi pecho una duda
que casi me infunde miedo.
Vuélveme la confianza...

ANA. Si yo... (Confusa.)

ANDRES. (Cariñosamente.) Quiero que me digas
la verdad. ¿Acaso abrigas
un amor sin esperanza?
¿No contestas? Te suplico
que hables.

ANA. (Afligida.) (¿Cómo responder?)

ANDRES. ¿Qué secreto puede haber
para un padre? ¡Ah! me lo explico.

ANA. (¡Esto es horrible!)

ANDRES. Mi larga
práctica de magistrado,
una percepcion me ha dado
tan segura como amarga.
Lo mismo que en un escrito,
si ella me ilumina, leo
en el semblante de un reo
su inocencia ó su delito.
Hoy fijo mi vista en tí
de asombro y de espanto llena,
y mi vista te condena...

ANA. ¡Padre! (Con angustia.)

ANDRES. Te condena, sí.
Ese llanto que á despecho
vierten tus ojos hundidos;

esos ahogados gemidos
que están rompiéndote el pecho;
ese temor que te agita,
muestran hasta la evidencia
que has herido tu conciencia,
y tu conciencia te grita.

ANA. ¡No puedo más!... (Aterrada.)

ANDRES. ¡Desdichada!
¡Tu indecision me convence!
No hay mujer, que se avergüence
sino de no ser honrada.

ANA. (Fuera de sí, cayendo de rodillas á los piés de su padre.)
¡Mátame!...

ANDRES. ¡No te comprendo!
(Sin darse cuenta de lo que oye.)

ANA. Con sangre tu honor redime.
¡Soy criminal!...

ANDRES. (Como herido del rayo.) ¡No, no! Díme
por favor que estás mintiendo!
¡Es imposible! ¡Ay de mí!
¡No es verdad lo que sucede!
¡Es un sueño!... ¡Dios no puede
haberme olvidado así!

ANA. ¡Si no merezco perdon!
(Sollozando á los piés de su padre.)
Le amé, vencióme su ruego,
creí sus promesas...)

ANDRES. (Arrebatado.) ¡Luego
es cierta tu perdicion?
Y yō?... ¿Por qué habrás nacido?

ANA. ¡Mátame!

ANDRES. ¡Dios de Israel!
(Levantándola violentamente del suelo.)
¿Quién es él, dí, quién es él?
¡Pronto!
(Deteniéndose á escuchar como si oyera pasos. En este espacio procurará dar á su semblante una tranquilidad aparente y forzada.)
¡Calla!

ESCENA XII.

DICHOS, FELIPE.

ANDRES. Oh! bien venido!
(Saliendo al encuentro de Felipe y tendiéndole la mano con violenta alegría.)
ANA. ¡Ay! (Desmayándose.)
FELIPE. (Con indiferencia.) Ahora dejo en el tren al pobre Juan!...
ANDRES. ¿Se ha marchado
sin despedirse? (El malvado!
¡Todo lo comprendo bien!)
FELIPE. Faltóle tiempo. . ¿Qué es esto?
(Reparando en Ana.)
ANDRES. Un desmayo!
FELIPE. Así parece!...
ANDRES. ¡Petra! Petra!
(Tirando con fuerza de la campanilla.)

ESCENA XIII.

DICHOS, PETRA asustada.

PETRA. ¿Qué se ofrece?
ANDRES. ¿No lo ves? Acude presto.
(Mostrándole á Ana. Petra y Felipe rodean apresuradamente á Ana. D. Andrés se aproxima tambien, aunque con más lentitud.)
FELIPE. (Tal vez de Juan el viaje...) (Con recelo.)
ANDRES. ¡La mira en el precipicio
y huye!... Al fin hijo del vicio!
No desmiente su linaje!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion cerrada, amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, y á cada uno de sus lados una jardinera. En la de la izquierda una caja de pistolas. Puertas laterales. Un velador con libros, etc.

ESCENA PRIMERA.

PETRA sola.

¡Válgame el cielo, qué dia
de revolucion! Malhaya
la hora fatal en que fuimos
á Pozuelo de Aravaca.
¡Qué tráfago, qué emociones!
Yo voy á ponerme mala.
De correr y de llorar (Sentándose.)
no ceso... Anteayer mañana
el trueno gordo; despues
la vuelta precipitada
á Madrid...) Sí ésta no es vida!

ESCENA II.

PETRA, D. ANDRÉS.

ANDRES. Petra... (Entrando.)
PETRA. ¡Ay, Jesús!

(Levantándose precipitadamente.)
¿Quién me llama?

ANDRES. ¿Dónde está Ramon?

PETRA. No ha vuelto
todavía.

ANDRES. Pues ya tarda.

PETRA. ¡Cá! No señor: si hace poco
que vino con esta caja...
(Señalando la de las pistolas.)

ANDRES. ¡Ah!... (Cogiéndola.)

PETRA. Por cierto que me dijo
con una voz tan extraña...

ANDRES. ¡Habrá imbécil!...

PETRA. «No la toques:
mira que el diablo las carga...
y las descarga...»

ANDRES. Sin duda
(Sin hacerla caso, mirando las pistolas.)
habrá extrañado Peralta
mi peticion... ¡Es tan raro
buscar á mis años armas!...
¡Mi suerte lo ordena!

PETRA. (¡Tiene
de dolor transida el alma!
Si me atreviese... Me haré
la desentendida.) Vaya,
¿qué tiene usted?

ANDRES. ¿Yo?... ¿Qué es eso?
(Alarmado, guardando las pistolas que habrá estado mirando vuelto de espaldas á Petra.)

PETRA. Que algo extraordinario pasa.
El corazon me lo ha dicho...
(Y la señorita.)

ANDRES. Basta. (Interrumpiéndola.)

PETRA. Eso de dejar el pueblo
de la noche á la mañana
como si huyéramos! esa
tristeza que se retrata
en el semblante de usted...

ANDRES. Es que á Madrid me llamaban
mis asuntos... (¡Si creía
que todos me señalaban

con el dedo!)

PETRA. Pero el llanto
de la señorita...

ANDRES. (Incomodado.) ¡Calla!

PETRA. ¡Si viera usted cómo sufre!
Hasta de encerrarse trata
en un convento...

ANDRES. ¡Te digo
que calles!

PETRA. (Con sumision.) Si usted lo manda...
(Cuando se pone tan hosco,
¿quién es la que le sonsasa?)

ANDRES. En cuanto vuelva Ramon,
házle que lleve esta carta
á su destino. Que inquiera
si el sujeto está aún de caza
ó ha regresado...

PETRA. (Tomando la carta.) Ya entiendo.

ANDRES. Oye: si está levantada
Ana...

PETRA. (Con lástima.) ¡Si no se ha acostado!

ANDRES. Pues dile que quiero hablarla.

PETRA. ¡Para don Felipe!
(Admirada: leyendo el sobre de la carta al salir.)

ESCENA III.

D. ANDRÉS solo.

Espero
que venga... ¡Y si se negára!...
¡Le buscaría! Pensar
que le he tenido en mi casa
despues de saber la ofensa
y... ¡Pero vendrá sin falta!
¡Cómo la razon se ofusca!
¡Qué injustamente acusaba
á don Juan!... Si parecía
su maldad palpable y clara!
Jamás hubiera pensado
en Felipe... ¡en quien me engaña!.

¡Oh! si no me satisface,
si se niega á mi demanda,
un duelo, la muerte!... ¡Aquí
(Señalando con furor reconcentrado la caja de pistolas.)
tengo mi última esperanza!
temo asomarme al abismo
de mi espantosa desgracia!
¡Si será que me condena
Dios por mi culpa olvidada!

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, ANA.

Ana se acerca silenciosamente hasta ponerse al lado de su padre, abismado en sus tristes recuerdos.

ANDRES. ¡Ah! no había reparado (Viéndola.)
en usted, y la esperaba.
Siéntese usted.
ANA. (Vacilando.) ¡Tengo miedo!...
ANDRES. ¡Siéntese usted! (Con imperio.)
ANA. (Obedeciendo.) ¡Dios me valga!
ANDRES. (¡Qué pálida está!)
(Mirando con interés mal disimulado.)
ANA. (Quisiera
que la tierra me ocultára!)
ANDRES. Me ha dicho usted que Felipe
(Dominando su emocion.)
comprometió su palabra...
ANA. Sí, señor...
ANDRES. Bien; hoy le aguardo.
(Animándose.)
Hoy esta cabeza blanca,
que se levantaba erguida,
se humillará avergonzada.
Hoy mendigaré un retazo
de mi ya perdida fama,
y me negarán lo mismo
que me han quitado!... ¡Qué infamia!
Estará usted satisfecha,

verdad?

ANA. (Confusa.) (¡Las fuerzas me faltan!)

ANDRES. No cederá... Mas si cede,
si mis súplicas le ablandan
y no resiste, ¡qué vida,
qué vida, infeliz, te aguarda!

ANA. ¡Dios mio! (Hondamente afligida.)

ANDRES. ¿Piensas acaso
que esos yerros no se pagan
con usura? ¿que en el mundo
puede borrarse esa mancha?

ANA. ¡Oh, qué tormento! (Fuera de sí.)

ANDRES. Temores,
recelos, desconfianzas,
turbarán continuamente
el sosiego de tu casa.
Entre tu marido y tú,
cual pavoroso fantasma,
se levantará el recuerdo
de tu flaqueza pasada.
De tí misma tendrá miedo,
vivirá en perpétua alarma;
serán terribles sus dias,
sus noches serán amargas,
y te dirá cuando intentes
persuadirle:—¡Calla, calla!
tú deshonraste á tu padre,
tú fuiste débil y falsa...

ANA. ¡Ten piedad! (Sobrecogida de espanto.)

ANDRES. (Sin hacerla caso.) Si de soltera
tan mal tu virtud guardabas,
¿cómo quieres que confie
en tu virtud de casada?
Eso te dirá, si al fin
el recelo no le aparta
de tu lado...

ANA. (Angustiada.) ¡Ay! ¡en el pecho
mi corazon se quebranta!
¡Esto es vivir, Dios eterno!

ANDRES. ¡Valiera más que llorara
tu muerte que mi deshonra!

ANA. ¡Tu justa cólera aplaca!...

ANDRES. ¡No, jamás!
ANA. Grande es mi culpa:
no pretendo aminorarla.
Me aborrezco; soy indigna
de besar por donde pasas;
merezco todas las iras
del cielo; pero me espanta
tu aborrecimiento, padre!
ANDRES. ¡Oh! ¡no es hija quien arrastra
mi crédito por el fango!
ANA. ¡Padre!... (Suplicándole.)
ANDRES. (Con exaltacion.) ¡Ese nombre me infama!
¡Vergüenza tengo de serlo!
ANA. ¡Ay!
ANDRES. Mañana por tu causa
seré el ludibrio de todos.
—Ese es el padre de Ana—
mostrándome por do quiera,
dirán.—No hacertó á guardarla!—
Y don Juan, que habrá sabido
allá en el lugar tu falta,
y el seductor, que á estas horas
quizás del triunfo se alaba,
y el pesar que me consume,
y el rubor que me delata,
me harán objeto en el mundo
de burlas y carcajadas!
¡Ingrata! goza en tu obra!
ANA. ¡Mentira! El dolor no mata!
(En un arranque de desesperacion.)

ESCENA V.

DICHOS, D. JUAN demudado y de luto rigoroso.

ANDRES. Don Juan!... (Temo que conozca
mi deshonor en mi cara!)
(Saliendo á su encuentro y reparando en él.)
¿Usted aquí?... Mas ¿qué es esto?
Esa palidez extraña...
ese luto... ¡Usted es víctima

de una terrible desgracia!
Su madre de usted!...
JUAN. (Con voz ahogada.) No existe.
ANA. ¡Ha muerto? (Con pena.)
ANDRES. Siento en el alma...
JUAN. Vengo desde su sepulcro
á cumplir una sagrada
mision...
ANA. ¡Para esos dolores
no hay consuelo, sólo hay lágrimas!
JUAN. ¡En mis ojos se han secado!
ANA. ¡No en los mios!
JUAN. ¡Ana, gracias!
(Estrechándola con efusion la mano.)
ANA. (¡Ella ha muerto, y yo!...)
JUAN. (Á D. Andrés.) Aquí vengo
á un asunto de importancia.
ANDRES. Usted!... (Sin duda lo sabe!
¡Oh! con razon maliciaba!...)
Bien...
ANA. Me retiro...
ANDRES. (No puede
ser esto!...)
ANA. (Alejándose.) (Dichosa anciana!
La tengo envidia!... Siquiera
en la tumba se descansa.)

ESCENA VI.

D. ANDRÉS, JUAN.

JUAN. Sospecho que extraña usted
á tal hora mi visita.
ANDRES. Si es que usted me necesita,
me hará en mandarme merced.
Sabe usted que le ofrecí
cuanto valgo y cuanto tengo,
y hoy más que nunca...
JUAN. (Con solemnidad.) ¡Es que vengo
á acusarle á usted!

ANDRES. (Inquieto.) ¡Á mí?
Es posible?
JUAN. Sí señor.
ANDRES. Ignoro en qué habré pecado.
Es usted tan desgraciado
que le trastorna el dolor!
Comprendo ese sentimiento
que le turba y extravía.
JUAN. Cierto; pero á usted debía
turbarle el remordimiento. (Severamente.)
ANDRES. Caballero, mi altivez
no consiente...
JUAN. (En el mismo tono.) Necesito
que juzgue usted un delito
con la austeridad de juez.
Quiero saber si hay mayor
crímen, ni más execrable,
que el de ladron miserable
que asalta el ajeno honor.
ANDRES. (Angustiado.)
¡Ay, Dios! ¿Luego usted no ignora?..
JUAN. ¡Lo sé todo!
ANDRES. (En el mayor desconsuelo.) ¡Lo temía!
Qué aciaga suerte es la mia!
JUAN. (Con amargura.)
Cuando no hay remedio llora!
ANDRES. Lloro, sí, de indignacion,
de vergüenza, lo confieso.
¡Si viera usted! tengo un peso
que me abruma el corazon!
¿No es cierto que el libertino
es indigno de piedad?
JUAN. ¿Qué dice usted? (Asombrado.)
ANDRES. ¿No es verdad
que es un cobarde asesino?
¿Qué es un corazon villano,
sin virtud, el que atropella
el pudor de una doncella
y las canas de un anciano?
JUAN. Sí, sí, pero usted olvida... (Maravillado.)
ANDRES. (Sin escucharle.)
Cruce usted sencillo y bueno,

de nobles acciones lleno,
el sendero de la vida.
La fama que usted hereda,
la que adquiere con prolijos
afanes, preste á sus hijos,
honrándoles cuanto pueda.
Para que venga á manchar
un extraño su decoro,
privándole de un tesoro
que no se vuelve á cobrar.
¡Para perder en un dia
el crédito y el consuelo!...
¡Oh! ¡no hay castigo en el suelo (Con ira.)
para tanta felonía!
¡No le hay!

JUAN. No esperaba tanto;
usted mismo se sentencia.
Y es que tiene la conciencia
arranques que dan espanto.
Arranques que traen en pos
la condenacion del reo,
arranques en donde veo
brillar la mano de Dios!

ANDRES. ¿Debo acaso responder (En tono. de queja.)
del engaño que he sufrido?

JUAN. Si usted hubiera rendido
culto constante al deber,
ni llorára ese desliz,
ni yo le pidiera cuenta
de una vida que me afrenta
y de una madre infeliz.

ANDRES. ¡Estoy soñando ó despierto? (Aterrorizado.)
¡Usted! (¿Qué terror me asalta!)

JUAN. ¡Confesándome su falta (Penosamente afectado.)
la que me dió el ser ha muerto!
¿Qué mucho que la ocultase
hasta el postrimero dia?
La desdichada temía
que mi afecto se entibiase.
Y si alguna vez dudé
de este maternal engaño,
callé por no hacerla daño,

por no ofenderla callé.

ANDRES. Voy á perder la razon. (*Fuera de sí.*)
¿Es esto verdad?

JUAN. (*Severamente.*) Soy hijo
de doña Juana de Arguijo.

ANDRES. ¡Tú!—¡Qué horrible expiacion! (*Consternado.*)
¿Qué he de decir en mi abono
si Dios me ha juzgado ya?

JUAN. ¿Y quién disculpar podrá
tan criminal abandono?

ANDRES. La creí culpable...

JUAN. (*Con fuego.*) No,
basta que usted lo creyese...

ANDRES. ¡Es verdad! (*Abatido.*)

JUAN. Y aunque lo fuese,
¿era responsable yo?
¿Debió usted negarme impío
un nombre?

ANDRES. Dártele espero.
(*Agitado y confundido.*)
¿Puedo hacer más?

JUAN. (*Con orgullo.*) ¡No le quiero!
Hoy le honrára á usted el mio.
En mi oscura soledad
he sabido conquistarme
lo que usted no quiso darme...

ANDRES. ¡No debo exigir piedad!
¡Ay, Señor! ¡Ya he conocido
con cuánta razon me infamas!
¡Qué tremendamente llamas
á las puertas del olvido!
Hoy en un mismo recuerdo
se eslabona y encadena;
el hijo que me condena
con la estimacion que pierdo.
Hollé el corazon de un padre
en mi juventud liviana,
y Dios me castiga en Ana!..
¡Ya está vengada tu madre!
(*Con profunda desesperacion.*)

JUAN. ¡Oh, pero eso no es verdad! (*Sobrecogido.*)
Acaso usted anticipe

su juicio...

ANDRES. (Interrumpiéndole amargamente.)
¡Apela á Felipe!

JUAN. ¡Felipe! ¡Qué iniquidad! (Sorprendido.)

ANDRES. ¡Lo que sembré recogí!
Tus decretos reverencio,
Señor.

ESCENA VII.

ANDRÉS, JUAN, ANA.

JUAN. (Al ver aparecer á Ana.)
¡Silencio! ¡Silencio!

ANDRES. ¡No, no! (Sin poder disimular su emocíon.)

JUAN. (En voz baja.) Por ella y por mí.
(En mala ocasion llegó.)

ANA. (Observando la profunda afliccion de D. Andrés.)
(¡Papá llorando!... ¿Qué es esto?
¿Sabrá don Juan?...) Si molesto...
(Tímidamente.)

JUAN. (Por lo bajo á D. Andrés, temeroso de que Ana sospeche.)
(¡Que Ana nos observa!)

ANDRES. No...
Quédese usted...

ANA. (Cortada.) Oí un grito,
y...

JUAN (Disimulando.) Me le arrancó el pesar,
sin duda.

ANDRES. (Cada vez más impresionado.)
(Quisiera estar
á solas con mi delito.)

ANA. (¡Si no sé lo que decir!)

JUAN. (Á D. Andrés en voz baja.)
(Es menester que esto acabe,
no advierta...)

ANA. (Fijándose con receloso interés en el dolor de su padre y consternada.)
(¡Todo lo sabe!)

JUAN. (¡Todo se va á descubrir!... (Turbado tambien.)
Váyase usted!...) (En voz alta.) Aquí espero
en tanto que usted escribe

la... carta. (Que se apercibe
del dolor de usted!...

ANDRES. (¡Yo muero!)
(Obedeciendo maquinalmente.)
Bien; iré...

JUAN. (Respirando.) ¡Gracias á Dios!

ANDRES. (¡Temo que el pesar me venza!) (Marchándose.)

JUAN. No tarde usted. (Empujándole.)

ANDRES. (Me avergüenza
la presencia de los dos.)

ESCENA VIII.

JUAN, ANA.

JUAN. (¡Por fin respiro!)

ANA. (¡Ay de mí!
¡Ni siquiera á hablar acierto!)

JUAN. Usted de seguro aprecia. (Dominándose.)
la pérdida que lamento,
y no extraña mi amargura.

ANA. Antes bien la compadezco.
No hace mucho que he llorado
como usted llora... Tenemos
en el corazon la misma
herida, el mismo recuerdo.
¡Tambien descansa en la tumba
mi madre... y echo de menos
el sólo amor que en la tierra
es incorruptible, eterno!
(Si no sabrá...)

JUAN. (Es imposible
que adivine mi secreto.)
El dolor nos hace hermanos,
¿verdad, Ana?

ANA. (Queriendo en vano contener sus lágrimas.)
¡Es tan intenso
el mio!...

JUAN. Los que padecen,
se comprenden sin esfuerzo.
¡Hermanos! ¡Qué dulce nombre,
tan consolador y bueno!

parece que se dilata
el corazon en el pecho.
Eso de tener un alma
que con santo y puro afecto,
nos consuele si lloramos,
nos levante si caemos;
que en las grandes tempestades
de la vida, nos dé aliento...
Es el mayor de los bienes
que pueden pedirse al cielo.

ANA. Para sentir sus desgracias
su hermana seré... (Tendiéndole la mano.)

JUAN. (Alterado.) Lo acepto,
no sólo con alegría,
con vivo agradecimiento.
¡Ana! las penas del mundo
(Procurando consolarla sin despertar sus sospechas.)
tienen fin... Dios pone término
á los tormentos humanos.

ANA. ¡Con la muerte! (Afligida.)

JUAN. ¡Con el tiempo!

ESCENA IX.

ANA, JUAN, FELIPE.

FELIPE. Á los piés de usted, Anita.
(Entrando sin reparar en Juan.)
¡Ah!... (Viéndole, y con marcado disgusto.)

ANA. ¡Felipe!... Caballero...
(Corriendo instintivamente hácia él y conteniéndose despues.)

FELIPE. (Con desconfianza.)
(¡Que siempre los halle juntos
en Madrid, como en el pueblo!)
¡Hola!...
(Dando la mano con frialdad á Juan y mirándole con fijeza. El tono de Felipe es, durante esta escena, amargo é irónico con D Juan, receloso y duro con Ana.)

ANA. (Con ansiedad.) (¡Si pudiera hablarle!...)

FELIPE. Qué tal, chico, ¿estás enfermo?

¡Bah! soy tan desmemoriado...
¿Cómo está tu madre?

JUAN. (Con dolor.) Ha muerto.

FELIPE. ¿Cuándo?

JUAN. Anteayer.

FELIPE. Lo ignoraba.
Verdad es que anoche he vuelto
de caza...—Sin duda ustedes,
(Á Ana con amarga cortesía.)
sabedores del suceso,
han venido á consolarle...
Es justo...

JUAN. No hay nada de eso.

ANA. Papá quiso...

FELIPE. (Á Juan sin prestarle atencion.)
Y tú aturdido
por un golpe tan funesto,
huyes de la soledad,
buscas el dulce consuelo
de las tiernas simpatías,
y...

JUAN. (Confuso.) Ya sabrás...

FELIPE. ¡Muy bien hecho!
El dolor busca expansiones.
Si hay afecto verdadero
en los amigos... (Los dos
están turbados y trémulos.)
(Observándolos con ira.)

JUAN. Un motivo poderoso
me ha obligado...

FELIPE. Ya, ya veo
que será así. ¿Quién te pide
explicaciones?—¡Qué es esto?
(Á Ana severamente en voz baja.)

ANA. (En el mismo tono, llena de inquietud.)
Sálvame, Felipe! Todo
lo sabe mi padre!...

FELIPE. (Alterado.) ¡Ah!

JUAN. (Observándolos) (Temo
que falte á sus compromisos.)

FELIPE. Pero ¿cómo ha descubierto?... (Á Ana.)

ANA. Se lo he dicho yo.

FELIPE. (¡Esto es grave!)
ANA. Acosada...
FELIPE. (Aquí hay misterio.)
(En voz alta, receloso.)
Sin duda habré interrumpido
sus pláticas y lo siento...
JUAN. ¡Tú!...
FELIPE. Los dolores son siempre
solitarios y discretos...
(¡Oh! ¡me engañan!...)
JUAN. Mis pesares
son, Felipe, tan tremendos,
que entre el bullicio del mundo
me tienen solo.
FELIPE. (Con duda.) Lo creo.
JUAN. Donde estamos Ana y yo, (Severamente.)
puede estar otro sin riesgo
de importunar.
FELIPE. (Hay aquí
algo extraño que no entiendo.)
ANA. No me abandones. (Á Felipe.)
JUAN. (En el mismo tono.) Quien tiene
tan honrados pensamientos
como tú, ni piensa mal,
(Recalcando sus palabras.)
ni nunca se olvida de ellos.
FELIPE. No sé á qué viene...
JUAN. (Dominándose.) Es verdad.
Perdona... (¿Si tendrá celos?)
Me voy. (Querrán estar solos
y les estorbo.)
FELIPE. Sospecho
que irás consolado...
JUAN. ¿Tanto
te interesa en saberlo?
FELIPE. ¿No soy tu amigo? (Se burla
de mí...)
JUAN. Despues hablaremos.
ANA. ¡Ese lenguaje!...
(Asustada del giro que toma el diálogo.)

ESCENA X.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRES. (Con severidad á Felipe.) Me acaban
de decir, hace un momento,
que estaba usted esperando?
ANA. (¡Dios le ilumine!)
FELIPE. En efecto.
He recibido la esquela
de usted, y sin perder tiempo
he venido...
ANDRES. Sé que usted
no es amigo de perderlo.
ANA. ¡Prudencia, Felipe! (En voz baja.)
FELIPE. (Bruscamente.) Yo,
señora, siempre la tengo.
ANA. ¡Cruel! ¿Estás enfadado
conmigo?
FELIPE. (Con altanería.) ¿Pues yo me quejo?
ANA. ¡Ten presente el tierno lazo
que nos une!...
(Durante este diálogo de Felipe y Ana, D. Andrés habrá llevado aparte á D. Juan manteniendo con él en voz baja la siguiente conversacion.)
ANDRES. Juan, no quiero
que se sepa mi deshonra.
Tú puedes servirme.
JUAN. (Con pena.) Bueno.
Pero ántes...
ANDRES. Pierde cuidado.
buscaré todos los medios,
y si se negase...
JUAN. Entónces
el honor es lo primero.
(Siguen hablando entre sí.)
ANA. (Á Felipe.) El inocente no debe
responder de nuestros yerros.
Muévate á piedad.
FELIPE. (Mirando con inquietud á D. Ándrés y Juan.)
(No sé

qué pensar de otros secretos.)
(Á D. Andrés interrumpiéndolos.)
Usted dirá lo que quiere,
y si es que servirle puedo
en algo...

JUAN. (Retirándose.) Con el permiso
de ustedes...

ANDRES. (Ap. dándole la mano.)
(Espera adentro.)

ANA. (¡Felipe, en tus manos tienes
mi vida!)

FELIPE. (Receloso.) (¡Vamos con tiento!)

ESCENA XI.

D. ANDRÉS, FELIPE.

FELIPE. (Á tiempo lo sé!... No quiero
que se divierta conmigo.)
Usted me dirá...

ANDRES. (Con ira mal reprimida.)
Pues digo
que no es usted caballero.

FELIPE. ¡Señor don Andrés!...

ANDRES. ¡Sin duda
sorprende á usted mi lenguaje!

FELIPE. Yo no contesto á un ultraje (Dominándose.)
si la ancianidad le escuda.
Que es respetable la edad
hasta cuando se propasa.

ANDRES. Usted ha entrado en mi casa
como un amigo, ¿es verdad?

FELIPE. Si señor.

ANDRES. Franco y abierto.
como mi propia mansion,
ha estado mi corazon
siempre para usted, ¿no es cierto?

FELIPE. Que le debo esa merced
reconozco de buen grado.

ANDRES. En cambio usted me ha robado...

FELIPE. ¡Insulto tan grave!...

ANDRES. ¡Usted!·

La acusacion no rehuya.

FELIPE. ¡Hierve la sangre en mis venas! (Indignado.)

ANDRES. El ladron de honras ajenas
tiene podrida la suya.
Usted, usted me quitó
la dicha, la paz del alma!

FELIPE. ¡Basta ya!

ANDRES. (Con forzada tranquilidad.)
Tenga usted calma,
que tambien la tengo yo!

FELIPE. (Reprimiéndose.)
Dice usted bien: soy muy vivo
de genio: sellaré el labio.
Usted recuerda un agrávio
y se queja con motivo.
Mas no entraré en mi defensa
si usted no templa ese ardor;
que no es manchando mi honor
como ha de lavar su ofensa.

ANDRES. ¿Luego usted confiesa?

FELIPE. Sí.
Las injurias suprimamos.
Confieso que nos amamos
Ana y yo con frenesí.
Que la pasion y la edad
me trastornaron el seso;
que fuí débil...

ANDRES. (Interrumpiéndole.) No, no es eso
flaqueza, sino maldad.
Olvidó usted su deber
y mi desdicha le imputo.
¿Qué puede contra el astuto
seductor una mujer?
¡Gran hazaña es abusar
con halagos de serpiente,
de un corazon inocente
que ha nacido para amar!
¡Ay, burlarse del cariño
de un alma, en sus redes presa,
es tan dificil empresa
como burlarse de un niño!

FELIPE. ¡No me admira esa pasion!...

¡Hija al fin! Acepto el cargo.
Eso que usted, sin embargo,
tuvo distinta opinion.
Há poco no concebía
que una mujer sucumbiera...

ANDRES. ¡Yo! ¿Cuándo? (Asustado.)

FELIPE. De esta manera
recuerdo que usted decía;
Amor, pasion, desvario,
irresistibles coloquios...
frases son que el vicio emplea
para engañar á los tontos.

ANDRES. ¡No más, no más!

FEFIPE. *Si tuviesen*
un valor absolutorio,
¿qué seguridad habría
en la fe del matrimonio?
¡No, no! ¡*La mujer que cede*
quiere ceder!... *esto es obvio,*
y cediendo se hace digna,
más que de lástima, de odio!
¿No es así como ha pensado
usted?

ANDRES. (Consternado y fuera de sí.)
¡Oh, ciego egoismo!
Por disculparme, yo mismo
armas contra mi honra he dado!
¡Pero eso no es cierto, no!
Usted mi opinion condena,
porque Ana es buena... ¡Era buena!
¡Lo sabe usted como yo!

FELIPE. (Haciendo un esfuerzo.)
(Si accedo se burlarán
de mí... ¡Válgame el aplomo!)
Señor don Andrés, yo tomo
las lecciones que me dan.

ANDRES. ¡Imposible! No lo espero (Consternado.)
de usted. ¿Verdad que me aflijo
sin razon? usted es hijo
de un cumplido caballero.
Ha estrechado usted mi mano
mil veces. ¡Qué baja accion

es gozarse en la afliccion
de un amigo y de un anciano!
Usted sabrá reparar
el profundo mal que lloro.
¡Ay, no olvide usted que imploro,
que ruego en vez de acusar!

FELIPE. (Su llanto me ha conmovido,
y no sé que hacer.)

ANDRES. ¡Se trata
de mi nombre!...

FELIPE. (¡Y esa ingrata
me vende!... ¡No me decido!
¿Quién sabe si esto será
un lazo?... Bueno es que aguarde.)
Yo siento... Quizás más tarde... (Confuso.)

ANDRES. ¡Basta de súplicas ya! (Recobrando su energía.)

FELIPE. Hay causas...

ANDRES. Rómpase el freno
que mi cólera contiene.
Se niega usted porque tiene
el ruin corazon de cieno.

FELIPE. No exija usted que proclame
la razon en que me fundo.

ANDRES. ¡Oh! no hay razon en el mundo (Fuera de sí.)
que le obligue á ser infame!
¡Hable usted!

FELIPE. (Dudando.) Fuera indiscreto...

ANDRES. Aún tienen fuerza mis brazos
para arrancarle á pedazos
el corazon y el secreto.
¡La lucha será terrible!
¡Á muerte! ¡Á la ley apelo
de las armas!

FELIPE. (Sorprendido y con disgusto.)
¡Cómo! ¿Un duelo
con usted?... ¡Es imposible!

ANDRES. ¿Eso es respeto ó temor?

FELIPE. ¡Extrañas suposiciones!
En distintas ocasiones
he probado mi valor.

ANDRES. ¡Hay más grande iniquidad!

FELIPE. Franco le presento el pecho.

(Con entereza.)
Á usted le sobra derecho
para matarme, es verdad!
Acabe usted de una vez:
yo moriré resignado.
Pero á usted le hacen sagrados
la razon y la vejez.
No entraré en otro camino
por más que usted me exaspere.

ANDRES. (En el mayor grado de exaltacion.)
¡Este miserable quiere
que acabe yo en asesino!
Me humilla, me pisotea,
y dice que no se bate...
(Yendo frenético á coger las pistolas.)
¿Usted quiere que le mate
como á un bandido?... ¡Pues sea!

ESCENA XII.

DICHOS, JUAN, interponiéndose.

JUAN. ¡Ni un paso más!

ANDRES. Tengo sed
de su sangre...

JUAN. Lo concibo.

FELIPE. (Sobrescitado y furioso á la vista de D. Juan.)
¿Buscaba usted un motivo?
Pues bien, ¡ahí la tiene ústed!
(Señalando á D. Juan.)

JUAN. ¡Cómo! (Sorprendido.)

FELIPE. ¿Te parece extraño
que haya descubierto el juego?
¡Pero yo no soy tan ciego
que no conozca un engaño!

JUAN. (¡Vamos, se quiere burlar
de mí...) (Con forzada sonrisa.)

ANDRES. (Con ira.) ¡Si es justo que muera!

FELIPE. Comprendo que Ana viviera (Con intencion.)
tan contenta en el lugar.
Comprendo que tras el norte
que há tiempo sus pasos guía,

volviese á la córte el dia
que tú volviste á la córte!...

ANDRES. ¡Dios mio!

JUAN. ¡Eres un cobarde!
(Estrechando con violencia la mano de Felipe.)

FELIPE. ¡Preciso es que esto concluya
con tu vida!

JUAN. ¡Con la tuya!
¡Y pronto!

FELIPE. Mañana es tarde.
Quien deja á su madre muerta
y se viene aquí... ¡á llorar!
quien se resuelve á escuchar
oculto tras de una puerta...

JUAN. ¡Falso!

FELIPE. Quien llega tan alta
confianza á merecer,
que obtiene de una mujer
la confesion de su falta...

ANDRES. (Exasperado.)
¿Lo ves? ¿Y aún quieres que viva?

JUAN. (Con sombría calma.)
¡Desdichado! ¿qué supones?

FELIPE. Quien en ajenas cuestiones
toma parte tan activa...

JUAN. ¡Son propias! (Animándose.)

FELIPE. (Con ironía.) Pues tú ¿qué ganas
en esto?

ANDRES. (Á Juan con terror.)
¡Ay, hijo! ¿Qué has hecho?

JUAN. (Amargamente despues de una pausa.)
(¿Hijo!... ¡y no tengo el derecho
de volver por esas canas!)

ANDRES. ¡Oh! (Horrorizado.)

FELIPE. (Con reconcentrada ira á D. Juan.)
¿Ya has comprendido?

JUAN. Mengua
es ¡vive Dios! escucharte.

FELIPE. ¡Vamos! (Con impaciencia.)

JUAN. Ántes de matarte
te voy á arrancar la lengua.
¡Calumniador!

FELIPE. (Con amenazadora tranquilidad.)
¡Está bien!
¡Vamos!

ANDRES. (Con angustia.) ¡Si este hombre no puede pensar eso!...

FELIPE. (Fuera de sí.) ¡La que cede
una vez, cederá cien!

(Momento de espanto y consternacion. D. Andrés sin poder contenerse, llama á su hija con desesperacion.)

ANDRES. ¡Ana!

JUAN. (Deteniéndolo.) ¿Qué hace usted!

ANDRES. ¡Sí, sí!
¡Ana! ¡Deja que la llame!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANA.

Ana sale apresuradamente y al oir las recriminaciones de Don Andrés, va perdiendo las fuerzas hasta caer de rodillas al finalizar el acto.

ANDRES. (Oprimiéndola el brazo.)
¡Ven! ¡mira cómo este infame
me está tratando por tí!

FELIPE. (Conmovido y procurando marcharse.)
¡Ni un minuto más!...

ANDRES. ¡Lo olvida
todo!... ¡Si fuiste muy necia!
¡Escúchale! ¡Te desprecia
como á una mujer perdida!

ANA. ¡Oh!

ANDRES. Le diste con tu honor
el derecho...

ANA. (Cayendo de rodillas.) ¡Padre! ¡padre!

ANDRES. ¡Maldi!... (Desesperado.)

JUAN. (¡Que mira mi madre!)
(En voz baja, deteniéndole y señalando al cielo con la mano.)

ANDRES. ¡Ay, Dios!

(Como si hubiese recibido un violento golpe, cayendo anonadado y sollozando; Juan acude en su auxilio, mirando con indignacion á Felipe, colocado en el último término de la escena.)

FELIPE. Te espero. (¡Qué horror!)

(Haciendo extraordinarios esfuerzos por encubrir su emocion y alejándose.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANA sacando de un guarda joyas varias cartas y quemándolas á la luz de la bujía.

¡Pasad, queridas memorias
de más venturosos tiempos,
pasad! ¡Hoy sólo seríais
abrumadores recuerdos!
¡Si con vosotros huyeran
mis impuros devaneos!...
¡Si yo pudiera borrar
su imágen!... ¡Pero no puedo!
(Con desaliento.)
Y sin embargo, es preciso
que le olvide... ¿Por qué el fuego
que consume estos papeles
no abrasa mi amor con ellos?
¡Cuánto tarda Petra!—¿Acaso (Levantándose.)
Ramon no habrá descubierto
tampoco?... ¡La angustia mia
va por instantes creciendo!
¡Oh, si la sangre corriera

por mi causa!... ¡Me estremezco!
¡Para aumentar mi zozobra
no me faltaba más que esto!

ESCENA II.

ANA, PETRA.

PETRA. (¡Cuánto sufre!)
ANA. Te esperaba
con afan....
PETRA. (Cómo me arriesgo...)
ANA. ¿Viste á Ramon? (Con inquietud.)
PETRA. Si, señora.
ANA. ¿Y qué has sabido?
PETRA. (Con vacilacion.) De cierto
nada... Pero me parece
(Observando la agitacion de Ana.)
que no ha de llevarse á efecto
el lance...
ANA. ¿De veras, Petra?
PETRA. (¿Cómo la digo que el duelo
se verifica mañana?)
Eso juzgo... (No me atrevo.)
ANA. Pero ¿qué hay? (Impacientándose.)
PETRA. Ya sabe usted
que Ramon es un sabueso
muy listo, y como estos dias
ha estado tan poco diestro...
sin encomendarse á Dios
ni al diablo, se fué derecho,
por complacerme tan solo,
á buscar á un compañero
que en casa de don Felipe
está acomodado... creo
que por recomendaciones
del mismo Ramon.
ANA. (Con ansiedad.) Bien, pero...
PETRA. ¡Tenga usted cachaza!—Allí,
Ramon, sin coprometernos,
tendió sus redes. ¡Y como
los criados lo sabemos

todo!...

ANA. ¡Ya!

PETRA. El de don Felipe,
que es un mozo de provecho,
segun afirma el de casa,
contó lo propio y lo ajeno.

ANA. ¡Y qué dijo?

PETRA. En realidad,
mucho y nada. (¡Cómo miento!)

ANA. ¡Por Dios, no me martirices!

PETRA. Le dijo que, en su concepto,
debió su amo haberse visto
en un compromiso serio
hace dias, pues volvió
á su casa como un trueno.
Que él sabe muy poco ó nada:
sólo que en aquel momento
le mandó buscar el amo
las pistolas...

ANA. (Alarmada.) ¡Dios eterno!

PETRA. Pero que al dia siguiente...

ANA. ¡Habla! (Con inquietud.)

PETRA. Le mandó de nuevo
guardarlas... ¡Este es un dato
que... (¡Si fuera verdadero!)

ANA. No basta... (Con desconfianza.)

PETRA. (Queriendo tranquilizarla.)
Pues el muchacho
asegura...—yo no entiendo
ni una jota,—que esto indica
por lo ménos un arreglo.
¡Ya ve usted, hace tres dias!...

ANA. ¡Ay, necesito creerlo
para no morir de angustia!

PETRA. (¡Dios no me tome este enredo
en cuenta! Bastante llora
la infeliz sin que aumentemos ..)
¡Ah! se me olvidaba. Al dar
la vuelta Ramon, no lejos
de su casa, á don Felipe
se encontró...

ANA. ¿Qué estás diciendo?

PETRA. Segun dice iba tranquilo...
(¡Mentira! ¡llevaba un gesto!...)
Y le detuvo.—¡Qué cosas
pasan!—Y con mucho empeño
le preguntó por ustedes.
¡Si yo estoy en el pellejo
de Ramon!...

ANA. (Con ansiedad.) ¿Sí? Cuenta, cuenta...

PETRA. Ramon, sin pensar en ello,
dijo que estaba usted mala...
¡Oh! si tiene algo en el pecho
debe sentir...

ANA. (Animándose.) Y él entónces..,

PETRA. Se quedó como suspenso.
Preguntó si todavía
el señor no había vuelto...
Estuvo un rato indeciso,
y luégo, haciendo un esfuerzo,
se marchó sin despedirse
siquiera...

ANA. (Interrumpiéndola.)
¿Vendrá? ¡Ay! ¡No quiero
pensarlo! Son ilusiones
de mi corazon enfermo.
¿Qué náufrago no se agarra
á una tabla?

PETRA. (Desconfiando.) ¡Es tan perverso!...
Pero ¿quién sabe?...

ANA. (Con desaliento.) ¡Esperanzas
vanas! ¡Engañosos sueños!
No será poco si logro
la dulce paz que apetezco
en la soledad del claustro,
á donde morir deseo.

PETRA. ¡Oh, calle usted! Si supiera
don Andrés...

ANA. ¡Yo le avergüenzo
con mi presencia!... Conozco
que perdí todo su afecto.
¡Ya lo ves! ¡no quiere verme
ni oirme! Desde el funesto
dia en que faltó ese ingrato

á la fe de caballero;
desde aquel terrible instante,
esta casa es un desierto
para mí!

PETRA. (Quejosa.) ¿Tan poco valgo
yo?

ANA. (Con cariño.) No te ofendas por eso.
Es mi padre... y me quería
tanto!... tanto!

PETRA. (Qué tormento!)

ANA. ¡Vivir sin verme y sin verle!
¡Estar bajo el mismo techo
completamente alejados!...
¡Oh! yo no puedo, no puedo
acostumbrarme á esta vida
de frialdad y silencio!
¡Amárgame el pan que como,
es hiel el agua que bebo!...
¡Ay, Díos! ¡hasta me parece
más hondo el remordimiento!

PETRA. ¡Vamos, esto no se puede
sufrir!...

ANA. (Acongojada.) ¡Solamente temo
por mi hijo!... ¡Si se apiadára
de ese desdichado huérfano
mi padre!... Debo estar loca
cuando tales cosas pienso!
¡Pero si no tiene amparo
en el mundo!...

PETRA. (Conmovida.) Yo me ofrezco...

ANA. ¡Eres buena!... ¡El inocente
crecerá lejos, muy lejos
del cariño maternal!...
¡Este negro pensamiento
me quita el valor!...

PETRA. (Procurando consolarla.) Ya es fuerza
que usted.

ANA. (Con desesperacion.) ¿No ves lo que pierdo?
¡Ay, Petra! ¡Soy tan culpable!...
¡Que nunca sepa el secreto
de su nacimiento!... ¡nunca!
¡No me aborrezca al saberlo!

Mira: cuando los pesares
me acaben, que será presto,
como una memoria mia
cuélgale esta cruz al cuello.
(Sacándola del joyero y besándola con delirio.)
Jamás la aparte de sí...
¿Estás, Petra?

PETRA. (Llorando.) Lo prometo.

ANA. ¿Y cómo podré pagarte...

PETRA. Con... ¡un abrazo!

ANA. ¡Con ciento!
(Estrechándola contra su corazon.)

ESCENA III.

DICHAS, FELIPE, que aparece en la puerta del foro inquieto y desencajado.

FELIPE. Señora...

ANA. (Asustada.) ¡Ay, Dios!

FELIPE. No me extraña
ese temor: lo comprendo.
Y yo...

ANA. No sé cómo tiene
usted el atrevimiento
de llegar aquí.

FELIPE. Es verdad.
Mas cuando á tanto me atrevo,
juzgue usted si habrá motivo.

ANA. Á explicármelo no acierto.

PETRA. (La tentacion pudo más
y acudió por fin... me alegro.

FELIPE. Señora, cálmese usted,
y observe que cuando vengo
como un ladron, á escondidas,
adonde tuve el derecho
de venir de otra manera,
habrá razones de peso
que me obliguen...

ANA. ¡No hay ninguna!

FELIPE. Sí las hay, y estoy resuelto,
hasta que usted no me escuche,

á no abandonar el puesto.

ANA. ¡Esto más!

FELIPE. Si usted sospecha,
que faltando á lo que debo,
vengo á insultar su dolor,
se equivoca usted, no es eso.

ANA. ¡Es curiosidad! (Con amargura.)

FELIPE. Tampoco.
Es, señora, que he dispuesto
un viaje... quizás largo...
quizás más que largo, eterno.

ANA. ¡Oh!

FELIPE. Son cosas de la vida.
Y ántes de partir, anhelo
no dejar cuentas pendientes
con mi conciencia.

ANA. (¿Qué es esto!)

FELIPE. Seré breve...

ANA. (Á Petra.) (Ten cuidado,
por Dios!)

PETRA. (Marchándose.) (¡Estaré en acecho!)

ESCENA IV.

ANA, FELIPE.

FELIPE. Señora, no vengo aquí
ni el momento es oportuno,
á evocar recuerdo alguno
que la hiera á usted ó á mí.
Conozco que mi presencia
con razon la ha sorprendido.
Mas ¿qué importa, si he cumplido
con un deber de conciencia?
Usted me perdonará
si alguna expresion profiero...
si acaso...

ANA. (Con altanería.) Usted, caballero,
no puede ofenderme ya.
Merezco muy poco... ¡Nada!
Lo sé! ¿Qué puede valer
en el mundo una mujer
seducida, abandonada?

Abuse usted cuanto quiera
de mi dolor: me resigno...
porque no le creo digno
de mi desprecio siquiera!

FELIPE. ¡Ana!...

ANA. (¡Valor, corazon!)

FELIPE. Mas sin causa me incomodo.
(Conteniéndose.)
Concibo despues de todo
esa viva indignacion.
Siento que usted me desprecie:
¿para qué lo he de ocultar?
Pero yo no debo entrar
en cuestiones de esta especie.
Dios nos juzgará á los dos,
Dios, que nunca se equivoca.

ANA. ¡Qué audacia! ¡Y usted invoca
el santo nombre de Dios?
¡Oh, grandes son sus bondades
cuando consiente que el hombre,
cubra con su augusto nombre,
tan torpes iniquidades!
Él la verdad, él la luz!
¿Hay más fiera hipocresía?
¡Esto es peor todavía
que clavarle en una cruz!

FELIPE. Señora... (¡Estoy conmovido!)
Si quiere usted que me aleje,
es menester que me deje
decir á lo que he venido.
Yo no puedo prolongar
una escena que me exalta.
No, no puedo! ¡Aquí me falta
aire para respirar!
De mí mismo desconfío...

ANA. (Con severa tranquilidad.)
Bien: hable usted.

FELIPE. (Turbado.) Hay un sér
que no debe responder
del crímen nuestro... ¡Del mio!
(Observando un movimiento de indignacion en Ana.)
—No renovaré la herida.

Yo voy á partir... ¡quizás
para no volver jamás!...
para no verle en la vida!
No lo tome usted á agravio...
Es mi hijo: velar me toca
por él... Mi fortuna es poca...
pero... (Cortado.)

ANA. (Con orgullo.) ¡Selle usted el labio!
Usted se olvida de fijo
lo que á sí mismo se debe.

FELIPE. Me extraña mucho... (Confuso.)

ANA. ¡Y se atreve
á ofrecer limosna á su hijo!
No puede ser caballero
quien tal diga, quien tal haga.
¿Usted piensa que le paga
honra y nombre con dinero?

FELIPE. Yo no.

ANA. ¡Compasion cruel!
¡Es infeliz, no es mendigo!
¡Su madre le dará abrigo
y sabrá llorar con él!
Su madre, que con profundo
cariño le guardará:
que por él arrostrará
¡hasta las burlas del mundo!

FELIPE. No condene usted mi intento.
¿Quien sabe? tal vez mañana. (Avergonzado.)

ANA. (Con profunda agitacion.)
¡Y cabe en cábeza humana
tan infame pensamiento!
¡Oh! ¡mi orgullo se despierta!
—¡Si yo no sé cómo exprese
mi desprecio!—Aunque tuviese
que pedir de puerta en puerta;
aunque en solitario afan
su amargo pan mendigára,
siendo honrado, rechazára
de manos de usted el pan!
¡Él con desden soberano
la limosna arrojaría!
¡Oh, si, sí! Le quemaría

el corazon y la mano!

FELIPE. Quizás si llega á saber
las razones que hoy oculto...

ANA. No añada usted el insulto
á su inícuo proceder.
¿Para hacerme tal ultraje
y poder dar este paso,
ha fingido usted acaso
la fábula del viaje?
Respete usted mi quebranto.

FELIPE. Si usted me presta atencion,
probaré...

ANA. Ya es un baldon
(Marchándose desdeñosamente.)
haberle escuchado tanto!

ESCENA V.

FELIPE solo.

¿Qué es esto! Estoy á la vez
asombrado y conmovido!...
Un corazon pervertido
no tiene tanta altivez!
Su lenguaje áustero y rudo
me ha trastornado de suerte...
—¡Mañana me bato á muerte
(Como volviendo en sí.)
por esa mújer, y dudo?
Su perfidia es manifiesta,
mi desengaño es amargo,
estoy cierto... ¡Y sin embargo,
cuánto el dejarla me cuesta!
Tengo miedo de mí mismo;
no sé qué pensar ni hacer.
Quiero huir de esa mujer,
y me atrae como el abismo.
En otro tiempo, recuerdo
que la amaba ménos, si.
¿Se habrá despertado en mí
este amor porque le pierdo?
¡Tal vez mi hijo!... ¿Qué sé yo?
¡Vamos, soy un insensato!

Y ese Juan... ¡Si no le mato (*Fuera de sí.*)
no hay justicia... no la hay, no!

ESCENA VI.

FELIPE, PETRA, *azorada.*

PETRA. ¡Ay, Jesús!
FELIPE. ¡Qué es eso?
PETRA. ¡Estamos
perdidos!
FELIPE. ¿Por qué te alteras?
¿Qué pasa?...
PETRA. ¡El amo y don Juan
están hablando en la puerta
con Ramon!...
FELIPE. ¡Don Juan!...
(*Con reconcentrado furor.*) ¡Ese hombre
me persigue!...
PETRA. Si le encuentran
á usted...
FELIPE. (*Sin oirla.*) ¿Qué querrá!..
PETRA. Ya vienen,
¿y está usted con esa flema?
¿Se ha propuesto usted perdernos!...
¡Maldito el instante sea
en que usted vino á esta casa
para ser la ruina de ella!
Venga usted aquí...
(*Atrayéndole hasta la segunda puerta izquierda.*)
FELIPE. (*Preocupado y sin dar un paso.*) ¡Y dudaba
todavía!...
PETRA. (*Empujándole.*) ¡Ya se acercan!...
¡Oigo sus pasos!...
FELIPE. (*Desasiéndose con ira.*) ¡No quiero!
PETRA. ¡Oh, por favor! ¡No nos pierda
usted!... ¡Pronto! (*Asustada.*)
FELIPE. (*Recapacitando.*) Dices bien.
¡Soy un necio! Vamos, Petra.
(Querrá hablarla... podré oir...

¡Dios de su mano me tenga!

ESCENA VII.

PETRA, aun no repuesta, D. ANDRÉS y JUAN.

PETRA. ¡Ay! (Al verlos entrar.)
ANDRES. ¿Qué haces aquí? (Con desconfianza.)
PETRA. ¿Yo?... nada.
(¡Jesús, estoy medio muerta!
¿Le descubrirán?) Si usted
alguna cosa me ordena...
ANDRES. No; puedes marcharte.
PETRA. (Temo
(Mirando hácia la puerta por donde se ocultó Felipe.)
que cometa una imprudencia.)
ANDRES. ¿No me oyes? (Viendo que no se mueve.)
PETRA. (Asustada.) Voy en seguida...
sí señor... (Dios me dé fuerzas!)

ESCENA VIII.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRES. ¡Ay, Juan! ¡soy muy desdichado!
Necesitaba de veras
volverte á ver. ¡Si supieras
con cuánto afan te he buscado!
Aquí, lejos de la gente,
donde ningun indiscreto
sorprenda nuestro secreto,
podré hablarte libremente.
JUAN. ¿Y qué quiere usted de mí?
ANDRES. Lo que es menester que alcance.
Necesito que ese lance
no se lleve á cabo.
JUAN. (Con resolucion.) ¡Oh, sí!
ANDRES. Es que ese hombre no merece
tanto honor... (Animándose por grados.)
JUAN. Usted olvida
mi decoro.
ANDRES. ¡Es que su vida

á mí sólo pertenece!

JUAN. Sé muy bien cual es mi puesto,
y cumpliré mi deber.

ANDRES. ¡Es que no te quiero ver (Desesperado.)
á tanto peligro expuesto!

JUAN. ¿Y qué importa? ¿Qué soy yo?
(Con amargura.)
¡En una tumba se encierra
cuando bien tuve en la tierra!...
¡cuánto en el mundo se amó!
¿Para qué vivir? no hay hombre
más solo, más desvalido.
Todo á un tiempo lo he perdido,
madre, porvenir y nombre!

ANDRES. (¡Oh! ¡me asesina!)

JUAN. ¿Es mejor
que en este rudo combate
contraria bala me mate,
si ha de matarme el dolor!

ANDRES. Bien está. Nada te exijo:
(Con penoso desaliento.)
conozco el daño que he hecho.
Sé que he perdido el derecho
de poder llamarte hijo.
Es cierto: mal procedí.
¡Hoy mi expiacion comienza!
¡Ya lo ves!... Tengo vergüenza...
¡tengo vergüenza de tí!

JUAN. ¡No tal!... (Con disgusto.)

ANDRES. Mira, cuando intento
mi deshonra lamentar,
se mezcla á la del pesar
la voz del remordimiento.
Y es que Dios para conmigo
es recto y severo juez,
confundiéndome á la vez
con mi culpa y mi castigo.
Mas si te inspira piedad
la pena que me enloquece;
si algun respeto merece
mi postrada ancianidad,
no me hagas más desgraciado,

no abrumes más mi conciencia,
exponiendo tu existencia
por mí... que te he abandonado!
¡No me humilles más!...

JUAN. (Conmovido.) Ya es tarde.
Seríamos, si cediera,
ante ese hombre que me espera.
Ana infiel, y yo cobarde.
Pídame usted cuanto pueda
darle en tan triste ocasion.
¡Pero mi reputacion!...
¡el solo bien que me queda!...
¡No, jamás!

ANDRES. ¡Cómo ha de ser!
(Con angustiosa resignacion.)
Este cáliz que me ofreces
apuraré hasta las heces,
Dios mio, si es menester!
Nada soy y nada puedo
contra ese Sér infinito
que en mi misma frente ha escrito
su maldicion con el dedo.
Lucha, pues es necesario;
nada importa que yo pene,
que tambien la culpa tiene,
cual la virtud, su calvario.
Van por sendas desiguales
ambas la cumbre subiendo...
¡Cristo lo enseñó, muriendo
entre torpes criminales!
(Cae abrumado en un sillon.)

JUAN. (Conmovido.)
No hablemos sobre esto, ya
que á los dos nos mortifica.

ANDRES. ¡Ay! (Sollozando.)

JUAN. (Con ternura.) Si el honor purifica.
padre mio, usted lo está!
El martirio ata unos lazos
que rompió injusto recelo.
Ella... nos ve desde el cielo,
(Con cariñosa emocion.)
y yo... ¡tiendo á usted mis brazos!

ANDRES. (Abrazándole con efusion.)
¡Hijo del alma!... ¡Qué suerte
es la tuya á mí debida!
Á traicion te di la vida
y quizás te dé la muerte!
¡En qué tremenda ocasion
recobro tu amor!... ¿No es cierto?
¡Estas lágrimas que vierto
me abrasan el corazon!
JUAN. ¡Ya basta!—Quiero saber (Acongojado.)
qué hace esa infeliz.
ANDRES. (Airado.) ¿Quién Ana?
¡No la nombres!...
JUAN. Es mi hermana,
y sufre!... la debo ver!
ANDRES. ¡No exijas eso!
JUAN. ¡Quizás
será por la vez postrera!...
ANDRES. (Aterrorizado.)
¡Oh, calla! ¡Dios no lo quiera!...
JUAN. ¿Consiente usted?...
ANDRES. (Haciendo un esfuerzo y tirando del llamador con violencia.)
¡La verás!
JUAN. (Con ningun auxilio cuenta
y tal vez me necesita.)

ESCENA IX.

DICHOS, PETRA, mirando con recelo.

PETRA. ¿Mande usted?
ANDRES. La señorita..,
PETRA. (¡Vírgen del Cármen! ¿qué intenta?...
¡Y el otro oyendo!...)
(Alarmada. Se aleja manifestando la mayor inquietud.)

ESCENA X.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRES. (Inquieto.)

¿tiras bien? ¿tiras primero?

JUAN. Yo no me he enterado; pero (*Con embarazo.*)
los padrinos me dirán...

ANDRES. No tengas lástima, no!
¡Él es un cuerpo sin alma!
¡Vales mucho más!... ¡Ten calma!
¡Mira que te aguardo yo!

JUAN. (¡Desdichado!) (*Lleno de emocion.*)

ESCENA XI.

DICHOS, ANA, *temerosa y afligida.*

ANA. ¿Usted me llama?
No esperaba este favor.
¡Temí que usted no quisiera
volverme á ver!

ANDRES. (*Indeciso.*) Tanto instó
don Juan!...

ANA. ¡Gracias! Esto más
deberé á su intercesion.
Disimule usted, amigo,
los disgustos que le doy.
¡Mi zozobra ha sido tanta!...
Porque ya todo acabó (*Con ansiedad.*)
pacíficamente, es cierto?

JUAN. Sí, todo.

ANA. ¡Gracias á Dios!

ANDRES. Pero... (*Resuelto á descubrír la verdad.*)

JUAN. (*Deteniéndole.*) ¡No acreciente usted
su honda desesperacion!

ANA. ¡Bien haya usted que disipa
mis negros recelos.

JUAN. Hoy...
Ya no conviene hablar de esto.
¡Ana, tenga usted valor. (*Ap. á ella.*)

ANA. ¡Valor! ¿No ve usted su rostro
airado, su indignacion
muda, pero intensa? ¿Puedo
acaso tenerlo yo?
Repare usted... ¡Ni me mira
siquiera!

JUAN. (Aproximándose á D. Andrés, que durante este diálogo permanecerá abismado y sombrío.)
Tanto rigor
no es generoso. Usted sabe
que es digna de compasion!
Cuando el hombre dice al cielo
contrito. *Perdónanos*
nuestras deudas, Dios le manda
que perdone á su deudor,
¿no es cierto?

ANDRES. (Vacilante.) Tanto me ha herido...

JUAN. ¡Pero es hija!

ANDRES. Ella olvidó
sus deberes...

JUAN. ¡Pues por eso
solicita su perdon!
¡Vamos!...

ANDRES. (Corriendo hácia Ana y abrazándola.)
¡Hija de mi vida!

ANA. (Llorando en los brazos de D. Andrés.)
¡Padre!...—¡Qué culpable soy!

ANDRES. (Con qué amargo desconsuelo
te estrecho en mis brazos!...)

ANA. ¡Oh!

ANDRES. ¡Ayer tantas ilusiones
hoy agostadas en flor!

JUAN. (Profundamente afectado.)
(¡Ya puedo morir, Dios mio!)

ANA. Ya anhelo correr en pos
de la dulce paz que ofrece
nuestra santa religion.
Quiero ocultar en un cláustro
mi, pecado y mi rubor,
pues la vergüenza me sigue
por donde quiera que voy.

ANDRES. ¡Separarte de mi lado!
No te lo consiento, no.

ANA. Es preciso.

ANDRES. Ese es un sueño.
No nos faltará un rincon
donde llorar nuestra pena,
lejos del mundo traidor.

¿Quién sostendrá, si me dejas,
mi triste vejez?

ANA. ¿Quién? Dios.
Yo en mi solitaria celda
elevaré mi oracion
por usted, y.. ¡por mi hijo,
que en tan mal hora nació!
(Implorando con el ademan la conmiseracion de Don Andrés.)
¿Quién protegerá sus pasos,
quién... quién?

ANDRES. (Agitado.) ¡Eso es superior
á mis fuerzas!...

ANA. (Insistiendo.) Él no tiene
la culpa!...

ANDRES. Fuera un baldon!
¡Yo aceptar mi propia afrenta
ante el mundo que me honró!
Afrenta que me recuerde
mi hija perdida, mi honor
desgarrado!... ¡Es imposible!

ANA. (Desalentada y cayendo desfallecida en un sillon.)
¡Ay! mi esperanza murió!

JUAN. Pues yo se lo ruego á usted (Adelantándose.)
por quien es... y por quien soy.

ANDRES. ¡Tú!... (Confuso y agitado.)

JUAN. Supongamos—y es esto
sólo una suposicion,—
que usted comete una falta
lamentable .. ¡Usted ó yo!
Qué escuchando solamente
de las pasiones la voz,
á una cándida doncella
fingimos eterno amor.
Que no resiste á las artes
de tan tenaz seduccion
y manchamos su inocencia
y su virginal candor.
Y llega á ser madre, y cuando
es más grande su afliccion...

ANDRES. ¿Qué vas á decir? (Amedrentado.)

JUAN. Rompemos

el lazo que nos unió.
Y abandonamos al hijo
y á la madre!...

ANDRES. (Desesperado.) ¡Esto es atroz!

JUAN. Ejemplo no más; no debe
darse otra interpretacion.—
Supongamos que en su triste
aislamiento aterrador,
el hogar de la familia
se cierra para los dos.
Que hijo y madre sin fortuna,
sin más que la proteccion
de ese Ser que nunca olvida
ni al justo ni al pecador,
mendigan de calle en calle
su pan, con frío y con sol,
y crece el niño entre el fango,
la miseria y la abyeccion!

ANDRES. ¡Juan!... (Con amargura.)

JUAN. ¿Puede haber mayor pena
para la familia?... ¡No!
Y su vergüenza merece
si sigue en su obstinacion.

ANA. ¡Oh! Llora... (Mirando á D. Andrés.)

JUAN. En tanto nosotros...
Mejor dicho, el seductor
se casa; es rico y obtiene
la pública estimacion.
Alcanza cuanto desea;
¡aun la dicha! si es que Dios
concede al alma culpable
la santa paz interior.

ANDRES. ¡Nunca! (Desalentado.)

ANA. (Con desesperacion.) ¡Nunca!

JUAN. ¡Ya lo sé!
Seguro, seguro estoy
de que lleva su delito
enroscado al corazon.
Que tiene familia, y esta
consoladora afeccion,
se convertirá para él
en sangriento torcedor.

Le recordarán sus hijos
legítimos, los que dió
á la sociedad, sin nombre,
sin honra, sin posicion...
Y si algun dia le cercan,
de humilde limosna en pos,
los pobres desamparados
que en tanto número son,
ántes de tender la mano
para aliviar su dolor,
de fijo algun pensamiento
cruza su mente, veloz.
—¡Dios mio!—dirá,—¿quién sabe
si entre éstos á quienes doy
las migajas de mi mesa
estará mi hijo?...

ANA. ¡Qué horror!

JUAN. ¿Verdad que sí?—Y donde quiera
que la humana corrupcion
observe; entre esas mujeres
que el abandono perdió;
entre esos seres malvados
de instinto horrible y feroz;
en presidio; hasta en el mismo
patíbulo vengador,
¡allí puede estar tu hijo!—
le dirá la altiva voz
de su conciencia espantada,
si es que tiene corazon!

ANDRES. ¡Basta... basta! (Fuera de sí.)

JUAN. ¡Usted no debe
compartir tanto terror
con el padre de esa triste
criatura!

ANDRES. ¡No, no, no!

JUAN. (Ap. con dulzura.)
(¡Además, justo es que sea
completa la expiacion!

ANDRES. ¡En mí encontrará su amparo!

ANA. ¡Gracias! (Fuertemente impresionada.)

ESCENA PRIMERA.

DICHOS y FELIPE.

Al ir Ana á arrojarse á los piés de D. Andrés, aparece Felipe como dominado por un violento afecto. D. Andrés airado, Ana consternada, Juan mudo de asombro.

FELIPE. (Con voz trémula.) ¡Le reclamo yo!
ANDRES. ¡Este hombre aquí!... ¿Y no se sácia
su crueldad?...
JUAN. (Confuso.) (¡Y habrá oido!...)
FELIPE. Vengo humilde, arrepentido
á solicitar su gracia.
ANDRES. (Señalando con desprecio á Ana.)
¡Aquí, en casa!...
FELIPE. ¡Enojo vano!
No la riña usted así.
No sé...—¡mucho te ofendí!—
si soy digno de tu mano.
Mas mis ruegos te dirijo,
que es honda la angustia mia.
¡No quiero que llegue un dia
en que me avergüence mi hijo!
Vencido estoy. el acento
de la verdad ha triunfado.
¡Y gracias á tí me ha dado (Á Juan)
pavor el remordimiento!
ANA. ¡Felipe!... (Con alegría.)
FELIPE. Ya mi perdon
leo en tus ojos!...
ANA. ¡Bien dices!
(Tendiéndole llena de gozo la mano.)
ANDRES. ¡Ay! Dios os haga felices,
(Atrayéndolos hácia sí.)
hijos de mi corazon!
Y usted tambien... (Á Juan.) (No me atrevo.
¡Y le quisiera abrazar!)
ANA. (Dirigiéndose á Juan, que está en actitud meditabunda y triste.)
¡Por qué no participar

de la dicha que le debo?

JUAN. Nada soy...

FELIPE. (Cariñosamente.) ¡Venga esa mano!
Y pronto... ¡no estés remiso!
(Le empuja hácia D. Andrés, en cuyos brazos cae llorando.)

ANDRES. ¡Dios os bendiga!—Es preciso
que le ameis... ¡como á un hermano!

JUAN. Siempre encontrará en los dos
el afecto merecido.
(Ana y Felipe se acercan á Juan con interés.)

ANDRES. Á tiempo has reconocido (Á Felipe.)
tus yerros... ¡Gracias á Dios!
Así vivirás en calma,
sin verte al dolor expuesto.
(Con reconcentrada amargura.)
¡Muchos que olvidaron esto,
llevan la hiel en el alma!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 7 de Diciembre de 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

DEUDAS DE LA HONRA (3.ª edicion.) . Drama en tres actos y en verso.
NI TANTO NI TAN POCO. . . . . . . Comedia en tres actos y en verso.
QUIEN DEBE PAGA (2.ª edicion.). . . Comedia en tres actos y en verso.
JUSTICIA PROVIDENCIAL. . . . . . . Drama en tres actos y en verso.
QUIÉN ES EL AUTOR?. . . . . . . , . Comedia en un acto y en verso.
¡COMO SE EMPEÑE UN MARIDO! . . . Comedia en un acto y en verso.
LA CUENTA DEL ZAPATERO. . . . . Comedia en un acto y en verso.
HERIR EN LA SOMBRA [1] (2.ª edicion.) Drama en tres actos y en verso.
LA JOTA ARAGONESA [1] (2.ª edicion.) . Drama en tres actos y en verso.
EL LAUREL DE LA ZÚBIA [1] . . . . . Drama en un acto y en verso.
EL HAZ DE LEÑA (3.ª edicion.). . . Drama en cinco actos y en verso.
ENTRE EL ALCALDE Y EL REY. . . . Zarzuela en tres actos y en verso.

OBRAS LÍRICAS.

FRUTOS DEL COMBATE. . . . . POESÍAS.

---

1 En colaboracion con D. Antonio Hurtado.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
El Tambor Mayor	1	J. Romea	M.
El faldon de la Levita	1	G. Perrin	L.
El gran Turco	1	Perrin y Nieto	L. y M.
El Mascoto	1	Cuartero y Taboada	L. y M.
El ápiz mágico	1	Palomino de Guzman	L.
En el otro mundo	1	M. Nieto	M.
El mono Ton-Kóng	1	A. Croselles	½ L.
Entre dos tios	1	Segovia y Nieto	L. y M.
Gimnasio higiénico	1	Pablo Hernandez	M.
Guerra al novio	1	Zumel y Ruiz	L. y M.
I comici tronati	1	Palomino, Cuesta y Mangiagalli	L. y M.
Ingleses y Flamencos	1	Antonio Roig	M.
La solterona	1	Manuel Nieto	M.
La venganza de Mendrugo	1	Palomino y Mangiagalli	L. y M.
La del tren	1	Croselles y Taboada	L. y M.
La mantilla blanca	1	Navarro	½ L.
La gran noche	1	Juan Maestre	L.
La oracion de san Antonio	1	L. Arnedo	M.
La vuelta de Mendrugo	1	Juan Maestre y Arnedo	L. y M.
Las mañanas del Retiro	1	L. Arnedo	M.
Música del porvenir	1	Nieto	M.
Otelo y Desdémona	1	Manuel Nieto	M.
Por una corbata	1	M. Nogueras	L.
¡Pobre gloria!	1	Manuel Nieto	M.
Tragarse la píldora	1	Manuel Nieto	M.
Un lio en el ropero	1	Zumel y Croselles	L.
Valiente pesca	1	Juan Maestre	L.
Noches de Madrid	2	Cuesta, Croselles, Palomino y Mangiagalli	L. y ½ M.
El capitan Centellas	3	Fernandez Caballero	½ M.
La cruz de fuego	3	Pedro Miguel Marqués	M.

Por convenio celebrado con la respetable casa editorial del Sr. D. ANTONIO ROMERO Y ANDIA, soy el encargado de alquilar los materiales, ó sean las partes sueltas de voces y orquesta necesarias para la ejecucion de las zarzuelas *C de L*, *Curriya*, *Don Pompeyo en Carnaval*, *El último mono*, *Fuego en guerrillas*, *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, *Pascnal Bailon*, *Retreta*, *Los duelos con pan son menos*, *La gallina ciega*. *El molinero de Subiza*, *Un estudiante de Salamanca*, y todas las demás músicas cuya propiedad de reproduccion pertenecen al referido Sr. Romero.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *D. Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

COIMBRA. *D. Antonio Duarte Areosa.*
LISBOA. *Juan Manuel Valle*, Praça de Don Pedro I, núm. 30.
OPORTO. *Joaquim Duarte de Mattos Junior.*

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, París.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.